

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

---

## TU ERES PEDRO



«Tengamos el valor de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: Cristo crucificado.»

FRANCISCO



Tenemos Papa

«Cristo es  
el centro  
de la vocación  
cristiana»

Palabras de  
despedida  
de Benedicto XVI

San José, patrono  
y protector de la  
Iglesia

## Sumario

Tenemos Papa <i>Cardenal Cañizares</i>	3
Homilía del papa Francisco en el inicio de su ministerio	5
¡Viva el papa Francisco! (con permiso de Don Bosco) <i>Jorge Soley Climent</i>	7
Benedicto XVI y la puerta de la fe <i>Guillermo Pons Pons</i>	9
Palabras de Benedicto XVI en la audiencia del 27 de febrero	12
Palabras de Benedicto XVI a los cardenales presentes en Roma	14
Palabras de despedida de Benedicto XVI	15
Benedicto XVI y el Concilio Vaticano II. Discurso a los párrocos y clero de Roma, el 14 de febrero de 2013	16
El impacto de la renuncia de Benedicto XVI	18
Benedicto XVI exhorta a la devoción a san José	21
San José, patrón y protector de la Iglesia <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	23
En la festividad de san José <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	27
La protección de san José <i>José M.ª Petit Sullá (†)</i>	30
Et exaltabit humiles... <i>Juan Antonio Mateo, pbro</i>	31
In memoriam. <i>M.ª José Lasheras Rodríguez</i>	33
Una historia de conversión. <i>Gilbert Keith Chesterton</i> <i>María Dolores Barroso</i>	34
Los mártires, testigos de la fe. Santo Tomás Becket <i>Francesc M.ª Manresa Lamarca</i>	36
Doctores de la fe. Santa Teresa de Ávila <i>Balbina García de Polavieja</i>	38
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	40
Contemplando la vida de Cristo. La santa muerte de san José <i>Ramón Gelpí</i>	41

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig  
Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2ª  
08002 BARCELONA  
Redacción: 93 317 47 33  
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com  
Administración y fax: 93 317 80 94  
revista.cristiandad@gmail.com  
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

**A**L programar los temas que monográficamente serían tratados por la revista a lo largo del Año de la Fe, se había reservado el mes de marzo para dedicarlo a san José como modelo de la fe de los humildes, de aquellos que confían totalmente y viven en la confianza y abandono en la voluntad de Dios.

Como es habitual, los planes de Dios sobre el mundo y su Iglesia son misteriosos e impredecibles, están siempre más allá de las consideraciones simplemente humanas. Pero en algunas ocasiones, esto tan ordinario toma características extraordinarias. Este es el caso de la situación que ha vivido la Iglesia desde el día 11 del pasado mes de febrero, cuando de forma completamente inesperada el papa Benedicto XVI anunciaba a los cardenales que había tomado la decisión de presentar su renuncia al pontificado a partir del día 28 del mismo mes. Como el mismo Papa señaló, una decisión tan grave y novedosa era fruto de la certeza de que Dios le pedía esta renuncia para el bien de la Iglesia. No se trataba meramente de una decisión prudencial, resultado de considerar que su salud y fuerzas físicas iban menguando, sino de discernir delante de Dios que de este modo estaba cumpliendo aquello que la Providencia divina quería para su Iglesia.

Con las distintas intervenciones que desde el 11 hasta el 28 de febrero ha tenido Benedicto XVI, se ha vivido este acontecimiento eclesial tan extraordinario en un clima de sobrenaturalidad y sencillez que nos hace recordar aquellas palabras del padre Orlandis: «Hay que sobrenaturalizarlo todo, incluso al Sumo Pontífice». Frente a visiones meramente humanas de la figura del Papa, subrayando cualidades personales, hay que contemplar la figura del Papa como el sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo que rige a la Iglesia asistido por el Espíritu Santo.

La elección del nuevo Papa, además de confirmar una vez más el fracaso de todas las previsiones humanas sobre la Iglesia, ha tenido características de intensa sobrenaturalidad. En primer lugar, en continuidad con el retiro a la vida de oración de Benedicto XVI, el nuevo papa Francisco, desde sus primeras palabras, ha reiterado la llamada insistente a la oración, como aquello que es más necesario para todo cristiano y, por tanto, más aún si cabe para que el sucesor de Pedro pueda llevar a cabo su ministerio. También en profunda continuidad con las palabras de los últimos días del pontificado anterior, hay que situar la llamada a la esperanza en el poder de Cristo, que desde la cruz muestra a la Iglesia los caminos de su misericordia y salvación para toda la humanidad.

Hemos recogido en las páginas de este número la últimas intervenciones de Benedicto XVI y las primeras enseñanzas del actual papa Francisco que reflejan este clima de extraordinaria sobrenaturalidad y esperanza en que ha vivido la Iglesia en estas últimas semanas.

No nos hemos olvidado de la inicial intención de dedicar este número a san José, ahora con mayores motivos para recordar su patrocinio sobre la Iglesia, alentados también por la especial y manifiesta devoción josefina del actual Vicario de Cristo.

Respondiendo a la petición del papa Francisco, CRISTIANDAD lo encomienda en sus oraciones para que sea un pastor según el Corazón de Cristo.

# Tenemos Papa\*

*Reproducimos el artículo del cardenal Cañizares con el que CRISTIANDAD se une a la acción de gracias por que Dios ha elegido para su Iglesia un nuevo pastor como sucesor de Pedro para que apaciente sus ovejas conforme a los designios del Corazón de Cristo.*

EN los umbrales mismos de la Semana Santa ha sido elegido y ha iniciado su pontificado el papa Francisco. Todo un signo. Todo ha sido providencial y cargado de signos en la sucesión de Benedicto XVI: se inició el Cónclave el día 12, aniversario de la canonización de santa Teresa de Jesús, de san Ignacio de Loyola, de san Francisco Javier, de san Isidro Labrador y de san Felipe Neri: santos de la renovación interna de la Iglesia, de la reforma verdadera obra del Espíritu, santos de la humildad, de la oración como camino de perfección, de la contemplación de Jesucristo, evangelizadores en su tiempo y cuando se siguen sus enseñanzas, edificadores de la Iglesia que Jesucristo guía, incansables trabajadores del Evangelio, desde la sencillez y buscando, por encima de todo, la gloria de Dios, testigos de que sólo Dios basta; tres de ellos, reformadores de la vida consagrada conforme a lo que Dios quiere y los tiempos nuevos requerían... El papa Francisco fue elegido un día 13, que evoca las apariciones de la Virgen de Fátima (Benedicto XVI anunció su renuncia el día de la conmemoración de la aparición de la Virgen Inmaculada en Lourdes, y este Papa, por añadidura, es profundamente mariano), y, además, no estaba entre los nombres que se señalaban como más firmes candidatos en los medios de comunicación social ni entraba en los cálculos humanos, ni de dentro ni de fuera.

Ha iniciado, además, su pontificado universal en la fiesta de san José, esposo de María y custodio de su Hijo, patrono y protector de la Iglesia universal; para colmo, el elegido por Dios ha querido llamarse Francisco, como el «Poverello» de Asís. Todo es obra de Dios, manifestación de su gracia, todo es señal de que Dios es quien lleva a su Iglesia, la vivifica y la ama hasta el extremo. Quien haya seguido el Cónclave, desde dentro y desde fuera, con apertura de corazón y, sobre todo, con los ojos de la fe que penetran más en el fondo de la realidad, habrá coincidido en que se trata de la elección de Dios. Bien podemos decir los hijos fieles de la Iglesia las palabras del salmo: «Dios ha estado grande con nosotros, y estamos alegres». Con la Santísima Virgen María proclamamos la grandeza del Señor y su infinita misericordia para con nosotros. Dios ha elegido para su Iglesia, la ha amado y la ha enriquecido dándole un nuevo Pastor, que, como Pedro, apaciente a sus ovejas, un Pastor conforme a su corazón, ese corazón que refleja el

Corazón de Cristo –no olvido que es un jesuita, tan vinculado al Sagrado Corazón de Jesús–. Un hombre de Dios, sencillo y humilde, pobre y amigo de los pobres; un seguidor de Jesús, que le sigue como únicamente se le puede seguir, con la cruz, despojándose de todo, imitándole y reflejando ese rostro que Él nos ha dejado como retrato suyo en las Bienaventuranzas. Siervo fiel, servidor que no busca su gloria sino la de Dios y el bien a los que Dios, infinito en su misericordia, ama con amor de predilección y perdona sin cansarse jamás.

Elevamos nuestras preces de acción de gracias y de súplica por el Santo Padre, Francisco, y por su nuevo ministerio como sucesor de Pedro, continuando las huellas de Benedicto XVI, de Juan Pablo II, de Juan Pablo I, de Pablo VI, de Juan XXIII... al servicio de la comunión eclesial, y para confirmarnos en la fe, para impulsar la transmisión de la fe, la evangelización de los pobres, fortalecer las manos y los ánimos débiles y levantar a los caídos para que se pongan en camino, con verdadera esperanza, porque Dios, que es Amor y misericordia, está con nosotros. Él, con el signo de que los pobres son evangelizados, nos presidirá en la caridad a toda la Iglesia, y será la garantía de permanencia fiel de la Iglesia católica y apostólica en la verdad, revelada plena e irrevocablemente en Jesucristo, fundamento único y piedra angular de la Iglesia, de forma que en todas las iglesias se escuche la verdadera voz del único Pastor, Jesucristo.

[...]

El pueblo cristiano quiere al Papa, a éste, Francisco, a quienes le han precedido, Benedicto XVI, Juan Pablo II, Juan Pablo I, Pablo VI, Juan XXIII, Pío XII..., a todos los sucesores de San Pedro. Reconoce el ministerio imprescindible de Pedro. Al pueblo fiel le importa el Papa; le importa mucho, le importa su figura, su misión, porque le importa la Iglesia, porque entiende que es la garantía de la fe, la roca firme en la que descansa y se apoya la Iglesia. Intuye, además, y sabe que, permaneciendo unidos a Pedro, en comunión de fe con él y bajo él, será posible y verdadero el anuncio de Jesucristo, y los pobres –no hay mayor pobreza que no creer– creerán o permanecerán fielmente en esa fe recibida, y los pobres, los pecadores, los sencillos, seguirán recibiendo la buena noticia de que Dios les ama y no les retira su misericordia, no tiene límite. Y dando luz a todo esto y ayudándonos a interpretarlo en su justo sentido lo que celebramos en la Semana Santa: el Misterio Pascual.

\*Reproducido de Religión Digital.

## «Caminar, edificar, confesar»

*Homilía de Su Santidad el papa Francisco en la misa con los cardenales*

14 de marzo de 2013

En estas tres lecturas veo que hay algo en común: es el movimiento. En la primera lectura, el movimiento en el camino; en la segunda lectura, el movimiento en la edificación de la Iglesia; en la tercera, en el Evangelio, el movimiento en la confesión. Caminar, edificar, confesar.

**Caminar.** «Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor» (Is 2,5). Ésta es la primera cosa que Dios ha dicho a Abraham: Camina en mi presencia y sé irreprochable. Caminar: nuestra vida es un camino y cuando nos paramos, algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, intentando vivir con aquella honradez que Dios pedía a Abraham, en su promesa.

**Edificar.** Edificar la Iglesia. Se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero piedras vivas, piedras unguadas por el Espíritu Santo. Edificar la Iglesia, la Esposa de Cristo, sobre la piedra angular que es el mismo Señor. He aquí otro movimiento de nuestra vida: edificar.

**Tercero, confesar.** Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente. Cuando no se confiesa a Jesucris-

to, me viene a la memoria la frase de León Bloy: «Quien no reza al Señor, reza al diablo». Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio.

Caminar, edificar, construir, confesar. Pero la cosa no es tan fácil, porque en el caminar, en el construir, en el confesar, a veces hay temblores, existen movimientos que no son precisamente movimientos del camino: son movimientos que nos hacen retroceder.

Este Evangelio prosigue con una situación especial. El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Te sigo, pero no hablemos de cruz. Esto no tiene nada que ver. Te sigo de otra manera, sin la cruz. Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.

Quisiera que todos, después de estos días de gracia, tengamos el valor, precisamente el valor, de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: Cristo crucificado. Y así la Iglesia avanzará.

Deseo que el Espíritu Santo, por la plegaria de la Virgen, nuestra Madre, nos conceda a todos nosotros esta gracia: caminar, edificar, confesar a Jesucristo crucificado. Que así sea.



# «Cristo es el centro de la vocación cristiana»

## *Homilía del Santo Padre Francisco en la misa de la imposición del palio y entrega del Anillo del Pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma*

19 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta Santa Misa de comienzo del ministerio petrino en la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal: es una coincidencia muy rica de significado, y es también el onomástico de mi venerado predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.

Saludo con afecto a los hermanos cardenales y obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (Mt 1,24). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser *custos*, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 1).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad y total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y

amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.



¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente

por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y

por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, que son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añadido entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera

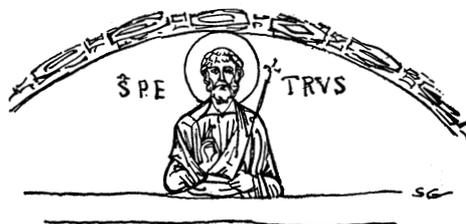
apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Hoy, junto a la fiesta de san José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo obispo de Roma, sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (Rm 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos; he aquí un servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: orad por mí. Amén.



# ¡Viva el papa Francisco! (con permiso de Don Bosco)

*Reproducimos el artículo que nuestro colaborador JORGE SOLEY CLIMENT ha publicado en la web Religión en libertad*

ESTABA pensando en el título que iba a ponerle a estos comentarios y mientras me iba decantando hacia el grito que todo católico ve brotar de su corazón estos días, un ¡Viva el papa Francisco!, venía a mi memoria la famosa anécdota de Don Bosco. Los muchachos de su oratorio daban entusiastas vivas a Pío IX cuando san Juan Bosco les corrigió, diciéndoles: «no gritéis viva Pío IX, gritad viva el Papa». Don Bosco, admirador de Pío IX, quería que entendiesen que, más allá de lo personal, lo realmente importante era la figura del Papa, lo que a veces, y para evitar toda confusión, se ha llamado el Papa-Papa, el Papa en cuanto tal, dejando de lado gustos personales que, aunque naturales, no deben de oscurecer la grandiosidad del misterio petrino.

Es el mismo enfoque de lo que ya advirtió, inmediatamente después de la renuncia de Benedicto XVI, el cardenal Arinze, cuando afirmaba que: «Este suceso nos ayudará a profundizar en la fe y a ser menos sentimentales, la gente puede caer en el error del me gusta, me gusta su estilo, me gusta su cara. No todos los papas tienen la misma cara ni el mismo estilo, pero todos son sucesores de san Pedro. Así que esto nos va a servir para fortalecer y purificar nuestra fe».

¿Cómo se tomaría pues Don Bosco mi «Viva el papa Francisco»? Por lo que he podido leer estos días, confío en que le parecería bien, y entendería que precisamente mi exclamación es ese viva el Papa que él reclamaba. Los tiempos han cambiado y ahora escuchamos a menudo eso que me parece tan poco católico, que al menos a mí me suena fatal a los oídos, de papa Bergoglio (o papa Ratzinger, Wojtyla...). Una manera de hablar sin más consecuencias, dirán algunos, y aunque en muchos casos pueda ser así, creo que es síntoma de la creciente incompreensión del significado del papado, causada por la visión reduccionista que el naturalismo imperante difunde.

Por cuestiones de trabajo estaba la semana pasada en Argentina, precisamente el día de la elección del cardenal Bergoglio y los siguientes. Como es lógico, escuché manifestaciones de alegría y de orgullo por tener un compatriota a la cabeza de la Iglesia. En general remarcando la cercanía y sencillez del nuevo Papa, aunque también escuché comentarios patrioterros bastante desenfocados. El paroxismo del «argentinismo», que en este caso más que indignación provoca una sonrisa, llegó cuando escuché al vicegobernador de la provincia de Buenos Aires,

Gabriel Mariotto, decir en un programa televisivo que «Tiene una cosmovisión profundamente tercermundista. El Papa es peronista». A mí me recordó a esas pesadísimas y ridículas campañas de «volem bisbes catalans». Como si la Iglesia universal fuera la ONU, siempre atenta a los equilibrios geopolíticos. Cuando empezó el chismorreó sobre papables decidí seguir el consejo del rector del Brompton Oratory de Londres, el padre Julian Large: tomar como propósito cuaresmal el abstenerme del mismo. No me arrepiento. Sólo he escrito acerca de esta elección haciéndome eco de la iniciativa del cardenal Dolan de pedirle a san José, patrono de la Iglesia universal, un papa santo. Porque eso es lo único que cuenta. Amamos al Papa porque es nuestro Papa, sin pretender que se amolde a nuestros gustos personales, rezamos por él y le escuchamos con atención filial.

Pero bueno, esta visión un poco estrecha y nacionalista es disculpable entre los argentinos; al fin y al cabo no se elige un papa argentino todos los días. Más preocupantes me han parecido otras reacciones que, aunque bienintencionadas, son reflejo de esa creciente falta de visión sobrenatural que comentábamos y, en consecuencia, de una erosión de la comprensión de lo que significa el papado.

Por un lado tenemos a quienes se han lanzado a hacer juicios apresurados sobre la santidad del nuevo Papa, creyendo que así le hacen un favor al papa Francisco. Se entiende y comparte la alegría por dejar la orfandad de la sede vacante, pero estas palabras son chocantes e impropias de un católico, fruto de un clericalismo cursi y beato que precisamente el cardenal Bergoglio fustigó en reiteradas ocasiones (y que dudo que aprobara ahora). No es cristiano ir adjudicando certificados de santidad en vida, lo cristiano es rezar los unos por los otros (como pidió expresamente el papa Francisco) para pedirle a Dios nuestro Padre que, en su infinita misericordia, nos mantenga unidos a Él y no nos deje caer en la tentación, conscientes de que si no fuera por esto, por el amor misericordioso que tiene por nosotros, hasta las torres más altas caerían con gran estrépito (y el primero quien esto escribe).

Luego he podido leer numerosos artículos, en general con buena intención, del estilo «conozca al papa Francisco», en los que se nos explican algunos hechos de la vida del cardenal Bergoglio. No es extraño: se comprende también la curiosidad por saber más

del nuevo papa, pensando que así podremos adivinar los rasgos de su pontificado, pero al mismo tiempo es importante advertir su futilidad. Porque una cosa es el cardenal Bergoglio y otra el papa Francisco, y aunque habrá continuidad en muchas cosas, también puede haber discontinuidad en otras. Aquí está el meollo de la cuestión, meollo que, claro está, sólo se comprende con visión sobrenatural y que, en consecuencia, la prensa en general ni huele. Así ha sido a lo largo de la historia: el cardenal Montini tenía una actitud favorable hacia la licitud de la píldora anticonceptiva y Pablo VI, en cambio, nos dejó el regalo de la *Humanae vitae*; el cardenal Mastai tenía una actitud amistosa hacia liberales y masones y el beato Pío IX nos dejó ese otro regalo que fue el *Syllabus*, y así podríamos seguir con más ejemplos de la historia de la Iglesia, algunos tan lejanos como el del papa Pío II, Eneas Silvio Piccolomini, de mediados del siglo xv, que al ser preguntado por las contradicciones entre su pontificado y las ideas que había sostenido antes del mismo, respondió: «rechazad a Eneas, acoged a Pío».

Y no es que los resúmenes sobre la labor del cardenal Bergoglio contengan falsedades, sino que están muchas veces sesgados, mostrando únicamente lo indiscutiblemente positivo y guardando piadoso silencio sobre cuestiones más discutibles. Parece como si se nos quisiera presentar la infalibilidad pontificia con efectos retroactivos, como si ahora que es Papa todos sus actos pasados ya quedaran subsumidos bajo la especial acción del Espíritu Santo que ahora asiste al papa Francisco. Y esto no es verdad. No existe una «protoasistencia», el cardenal Bergoglio tuvo aciertos, claro está, pero también cometió errores. Negarlo es no haber comprendido lo que significa ser Papa, es, si se quiere, una mentira piadosa, pero mentira al fin y al cabo (como también lo sería lo contrario, no ver más que en él los errores que ha cometido, algo en lo que desgraciadamente caen otros comentarios).

Pero podéis estar tranquilos, no voy a dedicar estas líneas a contrarrestar la «leyenda rosa» del cardenal Bergoglio con una «leyenda negra». Básicamente

porque creo que no tiene ningún interés. El cardenal Bergoglio ya no existe, es parte del pasado, y en cualquier caso la tarea de evaluar su labor en Buenos Aires y Argentina, cuestión de interés principalmente local, la dejo a mis amigos argentinos que lo han conocido de primera mano. A mí me interesa bastante poco. Lo que sí me interesa, a mí y a todo católico, es lo que haga y diga a partir de ahora el papa Francisco, nuestro pastor, a quien miramos con cariño y lealtad y por quien rezamos cada día, pidiéndole al Señor que le dé fuerzas y acierto para guiar a su Iglesia en este difícil mundo y para anunciar la Buena Nueva de Jesucristo a todos los hombres y naciones. Así entendemos y así amamos los católicos al Papa, por encima de gustos, contemplando en el Papa al vicario de Cristo en la Tierra, el don que Jesús nos hace para que no nos extraviemos por los intrincados caminos de la vida. Y si además coincidimos con los gustos personales del Papa, pues bien, pero si no coincidimos, pues también; incluso mucho mejor, mayor mérito y mayor sentido sobrenatural.

Acabo ya, insistiendo en que los cristianos debemos comprender y vivir más esta actitud, única a partir de la cual podemos entender no sólo a la Iglesia, sino la historia misma, y que no es otra que la de sobrenaturalizarlo todo. Entre lo que he leído estos días, el magnífico artículo de Bruno Moreno titulado *Lo que va de Jorge a Francisco*, que os recomiendo leer, expresa muy bien esta visión sobrenatural que tanta falta nos hace. Leyéndolo, contemplando todas las gracias y situaciones especiales que recaen sobre el Papa, entenderemos mucho mejor lo que sucede en la Cátedra de Pedro que escuchando las anécdotas de los cientos de «amigos de toda la vida» del cardenal Bergoglio que están apareciendo estos días y que parecen conocer perfectamente cuáles son los planes del papa Francisco. Les auguro la misma suerte que a todos los vaticanistas que ni olieron su elección.

Mientras tanto, como hijos fieles de la Iglesia, seguiremos amando al papa Francisco con todo nuestro corazón y rezando por él y sus intenciones. Y gritaremos, como nos pedía Don Bosco, un fuerte ¡viva el Papa!

Durante su vida, que fue una peregrinación en la fe, José, al igual que María, permaneció fiel a la llamada de Dios hasta el final. La vida de ella fue el cumplimiento hasta sus últimas consecuencias de aquel primer «*fiat*» pronunciado en el momento de la Anunciación mientras que José —como ya se ha dicho— en el momento de su «anunciación» no pronunció palabra alguna. Simplemente él «hizo como el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1, 24). Y este primer «hizo» es el comienzo del «camino de José». A lo largo de este camino, los Evangelios no citan ninguna palabra dicha por él. Pero el silencio de José posee una especial elocuencia: gracias a este silencio se puede leer plenamente la verdad contenida en el juicio que de él da el Evangelio: el «justo» (Mt 1, 19).

Hace falta saber leer esta verdad, porque ella contiene uno de los testimonios más importantes acerca del hombre y de su vocación. En el transcurso de las generaciones la Iglesia lee, de modo siempre atento y consciente, dicho testimonio, casi como si sacase del tesoro de esta figura insigne «lo nuevo y lo viejo» (Mt 13, 52).

JUAN PABLO II: exhortación apostólica *Redemptoris custos*

# Benedicto XVI y la puerta de la fe

GUILLERMO PONS PONS

**A**DMIRABLES SON tus testimonios, Señor, por eso los guarda mi alma (Sal 118, 129). Estas manifestaciones de la presencia del Señor, sin duda que nos pueden llegar a través de personas que viven fiel e intensamente del don de la fe (el justo vive de la fe, Rm 1,17), y más aún con el testimonio de quienes han sido constituidos maestros al servicio de la transmisión y custodia de la fe de Cristo.

Dentro de esta dinámica de testimonios de la fe hay que destacar evidentemente la proclamación hecha por Benedicto XVI de un Año de la Fe. No podía dejarnos el Santo Padre un memorial más expresivo de sus anhelos, y que mejor refleje la inspiración de lo Alto que ha caracterizado su fructuoso magisterio y su impulso evangelizador. En la carta apostólica *Porta fidei*, mediante la cual convoca ese tiempo de profundización espiritual, el Vicario de Cristo nos dice: «Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La fe que actúa por el amor (Gal 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre». (*Porta fidei*, 6).

Podemos reconocer que la puerta de la fe tiene unas características singulares de gozo, de luz, de expectación, pero que al propio tiempo la vida de fe se insinúa de una forma sencilla, misteriosa y esperanzadora. Es un don de la gracia, y el franquear ese umbral implica una entrega, una disposición de apertura del alma y una actitud de agradecimiento. Me parece que no implica una intromisión atrevida el tratar de ir descubriendo en la existencia de Joseph Ratzinger las preciosas manifestaciones de cómo se fue abriendo para él de forma intensa y espontánea esa maravillosa puerta de la fe, y cómo fue calando en su alma esa presencia del Dios vivo, que sin duda

le iba preparando para el destino que su Providencia le deparaba.

## Una infancia abierta a la piedad y a los misterios de la fe

**S**IGUIENDO los testimonios del propio papa Benedicto y de su hermano sacerdote Georg Ratzinger podemos ir rastreando con sincera emoción como en la existencia de Joseph Ratzinger el don precioso de la fe y de una generosa entrega al Señor se fueron manifestando de forma lenta y constante.



He aquí un relato entrañable de Papa mismo acerca de una experiencia de piedad y de gozo espiritual relativa a los años de su infancia. Lo escribió el Pontífice como contribución suya a un homenaje en memoria de Mozart, que se publicó en Salzburgo y dice así: «Cuando en nuestra parroquia de Traunstein, en los días de fiesta tocaban una misa de Mozart, a mí, que era un niño pequeño que

venía del campo, me parecía como si estuvieran abiertos los cielos. Delante, en el presbiterio, se formaban columnas de incienso, en las que se quebraba la luz del sol; en el altar tenía lugar la celebración sagrada, de la que sabíamos que abría para nosotros el cielo. Y desde el coro resonaba una música que sólo podía venir del cielo, una música en que se nos revelaba el júbilo de los ángeles por la belleza de Dios. Algo de esta belleza estaba entonces entre nosotros».

Joseph Ratzinger se refiere con gozo y gratitud al benéfico influjo espiritual que las celebraciones de la Iglesia ejercieron en su alma sensible y bien dispuesta: «El año litúrgico daba al tiempo su ritmo y yo lo percibí ya de niño, es más, precisamente por ser niño con gran alegría y agradecimiento. En el tiempo de Adviento, por la mañana temprano se celebraban con gran solemnidad las misas *Rorate* en la iglesia aún a oscuras, sólo iluminada por la luz de las velas. La espera gozosa de la Navidad

daba a aquellos días melancólicos un sello muy especial».<sup>1</sup>

### Profunda formación teológica y espiritual

**E**L cardenal Ángel Scola reflexionando sobre los orígenes de la asimilación de una espiritualidad intimista y a la vez profunda por parte de Joseph hace este comentario: «Si la génesis del método de Ratzinger se encuentra en el ensimismamiento personal con Jesucristo como principio ascético concreto, el sentido de Iglesia representa, quizás, dentro de este método, el criterio para verificar la validez del pensamiento y de la acción. La Iglesia misma se entiende como el lugar de un acontecimiento que se realiza en la historia [...] En este sentido la Iglesia no es una agregación de hombres motivada por el pasado. Pertenece, a su modo, al acontecimiento mismo de la Revelación».<sup>2</sup>

Durante sus estudios en el seminario de Frisinga Joseph Ratzinger permaneció siempre vinculado a la experiencia de fe de su infancia, a la vez que iba descubriendo las riquezas del pensamiento teológico. Georg comenta especialmente la adhesión de Joseph a la figura de Agustín de Hipona: «San Agustín entusiasmó a mi hermano desde el comienzo, aun cuando nunca hablábamos directamente del tema. Sin duda este gran doctor de la Iglesia es una personalidad fascinante, ya por la profundidad de sus ideas, pero también por la amplitud de su obra. [...] Como es obvio, todo esto nos interesaba a todos, pero sólo Joseph se tomaba realmente el tiempo para ocuparse de temas muy especiales también fuera de la materia de estudio».<sup>3</sup>

### Sacerdocio y ministerios

**L**A ordenación sacerdotal y la primera misa constituyeron un don maravilloso que los dos hermanos recibieron conjuntamente en 1951 con gran alegría de todo el pueblo de Traunstein en donde residían junto con sus padres y su hermana María. El gozo espiritual los embargaba en profundidad.

Luego Joseph fue destinado como coadjutor a la parroquia de la Preciosa Sangre de Cristo en Múnich. El párroco era un sacerdote muy celoso y trabaja-

do, cuya muerte ocurrió cuando están llevando la Sagrada Comunión a un enfermo. Esta generosa entrega sacerdotal se comunicó muy vivamente al joven Joseph, que lo recordaba diciendo: «Dado que el párroco no ahorra esfuerzos, yo no quería ni podía tampoco hacerlo. Vista mi escasa preparación práctica, al principio afronté estos menesteres con cierta preocupación. No obstante, pronto el trabajo con los niños en la escuela, que también implicaba naturalmente la relación con sus padres, se convirtió en un motivo de gran alegría y también con los diversos grupos de jóvenes católicos creció rápidamente un buen entendimiento».<sup>4</sup>

En 1953 Joseph recibió la invitación de hacerse cargo de la cátedra de Dogmática y Teología fundamental en la Facultad de Frisinga. Desde entonces fue creciendo de día en día su prestigio como teólogo y profesor. Su actividad de investigación y docencia fue la admiración de quienes iban descubriendo sus dotes de profundidad y sus recursos para una enseñanza fructuosa. Su hermano Georg al ser preguntado por el hilo conductor que conduciría a Joseph hacia el episcopado, al cardenato y finalmente a su elección como sucesor de san Pedro y Vicario de Cristo se expresa mediante unos conceptos empapados de una destacada visión de fe y dice así: «Naturalmente, si se lo considera desde perspectivas puramente humanas, fue una casualidad. Pero si se considera como persona creyente su vida entera, el modo en que se desarrolló, se reconoce que ha habido una disposición superior que lo condujo a su propia meta –no a la propia de mi hermano. Fíjese usted qué rectilíneo ha sido realmente este camino: de pequeño monaguillo a estudiante de teología, después a vicario, a docente, a profesor, a prelado, a obispo... Es una escala en que cada paso ha tenido un cierto sentido, en la que prácticamente avanzaba siempre, ascendía cada vez más alto, y no porque él lo quisiese, no por arribismo, sino porque alguien lo apremiaba a dar cada uno de esos pasos y porque en realidad él cedía sólo por conciencia con su deber, en el esfuerzo constante por cumplir la misión que carga sobre sus hombros».<sup>5</sup>

### Por sendas de fidelidad y de justicia

**E**N 1977 al ser designado arzobispo de Múnich y Frisinga, Joseph Ratzinger escogió como lema episcopal: «Colaboradores de la Verdad». Era ciertamente una feliz expresión de lo que él había ido buscando a lo largo de su existencia: trabajar sin descanso para que la Verdad, y en definitiva

1. Joseph RATZINGER, *Mi vida. Autobiografía*, Ediciones Encuentro, ABC, Madrid 2006, p. 56.

2. Angelo SCOLA, Introducción a la *Autobiografía* de Joseph Ratzinger, cit. pp. 26-27.

3. Georg RATZINGER, *Mi hermano el Papa*, San Pablo, Madrid 2012, pp. 180-181.

4. Joseph RATZINGER, *Mi vida*, p. 116.

5. Georg RATZINGER, *Mi hermano el Papa*, p. 296.

el mismo Cristo, Camino, Verdad y Vida, fuera la luz que disipara las tinieblas que fomentan la muerte.

Él no sentía apego a un cargo y a una dignidad tan llena de responsabilidad. Sólo por obediencia y por fidelidad al consejo que claramente le fue manifestado se avino a emprender una ruta que bien sabía lo dificultosa que le resultaría. Había participado con ilusión en las tareas de consejo que se le encomendaron durante el desarrollo del Concilio Vaticano II. Se trataba de una hermosa tarea de renovación de la Iglesia y con la perspectiva de un trabajo teológico que resultara iluminador. El debate sobre la liturgia fue tranquilo; pero la situación cambió notablemente al tratarse del documento sobre las fuentes de la Revelación, cuya discusión no estuvo exenta de dramatismo. La clarividencia fundamental de Pablo VI en materia dogmática contribuyó a que los documentos conciliares adquirieran una mayor lucidez.

Pero las dificultades de mayor importancia se manifestarían en la implantación de las reformas que pretendían sincronizar con un supuesto «espíritu conciliar», muchas veces desviado u opuesto a los documentos emanados del Vaticano II. Sobre todo en diversas universidades de Alemania y del centro de Europa surgieron movimientos contestatarios que mucho le hicieron sufrir al profesor Ratzinger, como él mismo nos lo da a conocer en su autobiografía, donde entre otras cosas dice:

«El papel que los teólogos habían adoptado en el Concilio creó entre los estudiosos una nueva conciencia de sí mismos: comenzaron a sentirse como los verdaderos representantes de la ciencia y, precisamente por esto, ya no podían aparecer sometidos a los obispos. [...] Si al volver a mi patria en el primer período conciliar me había sentido sostenido aún por el sentimiento de gozosa renovación que reinaba por doquier, experimentaba ahora una profunda inquietud frente al cambio que se había producido en el interior del clima eclesial y que era cada vez más evidente».<sup>6</sup>

Llegaron a ser enormemente paradójicas las acti-

6. Joseph RATZINGER, *Mi vida*, pp. 159-160.

tudes y pretensiones que surgían dentro de las universidades: «Años antes se habría podido esperar que las facultades de teología serían un baluarte contra la tentación marxista. Ahora, sin embargo, sucedía justamente lo contrario: se convertían en el verdadero centro ideológico. [...] He visto sin velos el rostro cruel de esta devoción atea, el terror psicológico, el desenfreno con que se llegaba a renunciar a cualquier reflexión moral, considerada como un residuo burgués, allí donde la cuestión era el fin ideológico. Todo eso es de por sí suficientemente alarmante, pero llega a ser un reto inevitable para los teólogos cuando se lleva adelante la ideología en nombre de la fe y se usa la Iglesia como su instrumento. El modo blasfemo con que se ridiculizaba la cruz como sadomasoquismo, la hipocresía con que se continuaban declarando creyentes [...] He vivido todo esto en mi propia carne...».<sup>7</sup>

En 1981 Juan Pablo II nombró al cardenal Ratzinger prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ello significó otro notable sacrificio para el arzobispo de Múnich, el cual hacía notar al Papa que prefería permanecer en su sede. Pero, según refiere Georg, «Juan Pablo II le dijo que, aunque Múnich fuera importante, Roma lo era más, y con eso el asunto estaba para él decidido».<sup>8</sup>

Finalmente la elección para el supremo pontificado, sin duda con una gran unanimidad, ha significado para la Iglesia un don inapreciable en unos tiempos tan necesitados de un pontífice santo y tan clarividente como lo ha sido Benedicto XVI. Ahora finalmente, su renuncia con plena libertad y después de asidua reflexión y plegaria es un precioso testimonio de fe, de esperanza y de amor, que confirma plenamente lo que atestiguaba al proclamar el Año de la Fe a fin de «iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo».<sup>9</sup>

7. Idem, pp. 163-164.

8. Georg RATZINGER, *Mi hermano el Papa*, p. 253.

9. *Porta fidei*, 2.

Considero, en efecto, que el volver a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino consentirá a la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, *que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación*.

Precisamente José de Nazaret «participó» en este misterio como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. Él participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre «nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (Ef 1, 5).

JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Redemptoris custos*

# «Dios guía a su Iglesia, la sostiene siempre, también y sobre todo en los momentos difíciles»

Palabras de Benedicto XVI en la audiencia general del 27 de febrero de 2013

Venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, distinguidas autoridades, queridos hermanos y hermanas:

Os doy las gracias por haber venido, y tan numerosos, a ésta que es mi última audiencia general. Gracias de corazón. Estoy verdaderamente conmovido y veo que la Iglesia está viva. Y pienso que debemos también dar gracias al Creador por el buen tiempo que nos regala ahora, todavía en invierno.

Como el apóstol Pablo en el texto bíblico que hemos escuchado, también yo siento en mi corazón que debo dar gracias sobre todo a Dios, que guía y hace crecer a la Iglesia, que siembra su Palabra y alimenta así la fe en su Pueblo. En este momento, mi alma se ensancha y abraza a toda la Iglesia esparcida por el mundo; y doy gracias a Dios por las «noticias» que en estos años de ministerio petrino he recibido sobre la fe en el Señor Jesucristo, y sobre la caridad que circula realmente en el Cuerpo de la Iglesia, y que lo hace vivir en el amor, y sobre la esperanza que nos abre y nos orienta hacia la vida en plenitud, hacia la patria celestial.

Siento que llevo a todos en la oración, en un presente que es el de Dios, donde recojo cada encuentro, cada viaje, cada visita pastoral. Recojo todo y a todos en la oración para encomendarlos al Señor, para que tengamos pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, y para que podamos comportarnos de manera digna de Él, de su amor, fructificando en toda obra buena (cf. Col 1, 9-10).

En este momento, tengo una gran confianza, porque sé, sabemos todos, que la Palabra de verdad del Evangelio es la fuerza de la Iglesia, es su vida. El Evangelio purifica y renueva, da fruto, dondequiera que la comunidad de los creyentes lo escucha y acoge la gracia de Dios en la verdad y en la caridad. Ésta es mi confianza, ésta es mi alegría.

Cuando el 19 de abril de hace casi ocho años acepté asumir el ministerio petrino, tuve esta firme certeza que siempre me ha acompañado: la certeza de la vida de la Iglesia por la Palabra de Dios. En aquel momento, como ya he expresado varias veces, las palabras que resonaron en mi corazón fueron: Señor, ¿por qué me pides esto y qué me pides? Es un peso grande el que pones en mis hombros, pero si tú me lo pides, por tu palabra echaré las redes, seguro de que tú me guiarás, también con todas mis debilidades. Y ocho años después puedo decir que el Señor realmente me ha guiado, ha estado cerca de mí, he

podido percibir cotidianamente su presencia. Ha sido un trecho del camino de la Iglesia, que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como san Pedro con los apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante; ha habido también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario, como en toda la historia de la Iglesia, y el Señor parecía dormir. Pero siempre supe que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya. Y el Señor no deja que se hunda; es Él quien la conduce, ciertamente también a través de los hombres que ha elegido, pues así lo ha querido. Ésta ha sido y es una certeza que nada puede empañar. Y por eso hoy mi corazón está lleno de gratitud a Dios, porque jamás ha dejado que falte a toda la Iglesia y tampoco a mí su consuelo, su luz, su amor.

Estamos en el Año de la Fe, que he proclamado para fortalecer precisamente nuestra fe en Dios en un contexto que parece rebajarlo cada vez más a un segundo plano. Desearía invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. En una bella oración para recitar a diario por la mañana se dice: «Te adoro, Dios mío, y te amo con todo el corazón. Te doy gracias porque me has creado, hecho cristiano...». Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más precioso, que nadie nos puede arrebatarnos. Por ello demos gracias al Señor cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos.

Pero no es sólo a Dios a quien quiero dar las gracias en este momento. Un Papa no guía él solo la Barca de Pedro, aunque sea ésta su principal responsabilidad. Yo nunca me he sentido solo al llevar la alegría y el peso del ministerio petrino; el Señor me ha puesto cerca a muchas personas que, con generosidad y amor a Dios y a la Iglesia, me han ayudado y han estado cerca de mí. Ante todo vosotros, queridos hermanos cardenales: vuestra sabiduría y vuestros consejos, vuestra amistad han sido valiosos para mí; mis

colaboradores, empezando por mi Secretario de Estado que me ha acompañado fielmente en estos años; la Secretaría de Estado y toda la Curia romana, así como todos aquellos que, en distintos ámbitos, prestan su servicio a la Santa Sede. Se trata de muchos rostros que no aparecen, permanecen en la sombra, pero precisamente en el silencio, en la entrega cotidiana, con espíritu de fe y humildad, han sido para mí un apoyo seguro y fiable. Un recuerdo especial a la Iglesia de Roma, mi diócesis. No puedo olvidar a los hermanos en el episcopado y en el presbiterado, a las personas consagradas y a todo el Pueblo de Dios: en las visitas pastorales, en los encuentros, en las audiencias, en los viajes, siempre he percibido gran interés y profundo afecto. Pero también yo os he querido a todos y cada uno, sin distinciones, con esa caridad pastoral que es el corazón de todo pastor, sobre todo del obispo de Roma, del sucesor del apóstol Pedro. Cada día he llevado a cada uno de vosotros en la oración, con el corazón de padre. [...]

En este momento, desearía dar las gracias de todo corazón a las numerosas personas de todo el mundo que en las últimas semanas me han enviado signos conmovedores de delicadeza, amistad y oración. Sí, el Papa nunca está solo; ahora lo experimento una vez más de un modo tan grande que toca el corazón. El Papa pertenece a todos y muchísimas personas se sienten muy cerca de él. Es verdad que recibo cartas de los grandes del mundo –de los jefes de Estado, de los líderes religiosos, de los representantes del mundo de la cultura, etcétera. Pero recibo también muchísimas cartas de personas humildes que me escriben con sencillez desde lo más profundo de su corazón y me hacen sentir su cariño, que nace de estar juntos con Cristo Jesús, en la Iglesia. Estas personas no me escriben como se escribe, por ejemplo, a un príncipe o a un personaje a quien no se conoce. Me escriben como hermanos y hermanas o como hijos e hijas, sintiendo un vínculo familiar muy afectuoso. Aquí se puede tocar con la mano qué es la Iglesia –no una organización, una asociación con fines religiosos o humanitarios, sino un cuerpo vivo, una comunión de hermanos y hermanas en el Cuerpo de Jesucristo, que nos une a todos. Experimentar la Iglesia de este modo, y poder casi llegar a tocar con la mano la fuerza de su verdad y de su amor, es motivo de alegría, en un tiempo en que tantos hablan de su declive. Pero vemos cómo la Iglesia hoy está viva.

En estos últimos meses, he notado que mis fuerzas han disminuido, y he pedido a Dios con insistencia, en la oración, que me iluminara con su luz para tomar la decisión más adecuada no para mi propio bien, sino para el bien de la Iglesia. He dado este paso con plena conciencia de su importancia y también de su novedad, pero con una profunda serenidad de ánimo. Amar a la Igle-

sia significa también tener el valor de tomar decisiones difíciles, sufridas, teniendo siempre delante el bien de la Iglesia y no el de uno mismo.

Permitidme aquí volver de nuevo al 19 de abril de 2005. La seriedad de la decisión reside precisamente también en el hecho de que a partir de aquel momento me comprometía siempre y para siempre con el Señor. Siempre –quien asume el ministerio petrino ya no tiene ninguna privacidad. Pertenece siempre y totalmente a todos, a toda la Iglesia. Su vida, por así decirlo, viene despojada de la dimensión privada. He podido experimentar, y lo experimento precisamente ahora, que uno recibe la vida justamente cuando la da. Antes he dicho que muchas personas que aman al Señor aman también al sucesor de san Pedro y le tienen un gran cariño; que el Papa tiene verdaderamente hermanos y hermanas, hijos e hijas en todo el mundo, y que se siente seguro en el abrazo de vuestra comunión; porque ya no se pertenece a sí mismo, pertenece a todos y todos le pertenecen.

El «siempre» es también un «para siempre»; ya no existe una vuelta a lo privado. Mi decisión de renunciar al ejercicio activo del ministerio no revoca esto. No vuelvo a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, recepciones, conferencias, etcétera. No abandono la cruz, sino que permanezco de manera nueva junto al Señor Crucificado. Ya no tengo la potestad del oficio para el gobierno de la Iglesia, pero en el servicio de la oración permanezco, por así decirlo, en el recinto de San Pedro. San Benito, cuyo nombre llevo como Papa, me será de gran ejemplo en esto. Él nos mostró el camino hacia una vida que, activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios.

Doy las gracias a todos y cada uno también por el respeto y la comprensión con la que habéis acogido esta decisión tan importante. Continuaré acompañando el camino de la Iglesia con la oración y la reflexión, con la entrega al Señor y a su Esposa, que he tratado de vivir hasta ahora cada día y quisiera vivir siempre. Os pido que me recordéis ante Dios, y sobre todo que recéis por los cardenales, llamados a una tarea tan relevante, y por el nuevo sucesor del apóstol Pedro: que el Señor le acompañe con la luz y la fuerza de su Espíritu.

Invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que nos acompañe a cada uno de nosotros y a toda la comunidad eclesial; a ella nos encomendamos, con profunda confianza.

Queridos amigos, Dios guía a su Iglesia, la sostiene siempre, también y sobre todo en los momentos difíciles. No perdamos nunca esta visión de fe, que es la única visión verdadera del camino de la Iglesia y del mundo. Que en nuestro corazón, en el corazón de cada uno de vosotros, esté siempre la gozosa certeza de que el Señor está a nuestro lado, no nos abandona, está cerca de nosotros y nos cubre con su amor. Gracias.

# «Permanezcamos unidos»

## *Palabras de Benedicto XVI a los cardenales presentes en Roma*

Jueves, 28 de febrero de 2013

Venerados y queridos hermanos:

Con gran alegría os recibo y expreso a cada uno mi más cordial saludo. Doy las gracias al cardenal Angelo Sodano, quien, como siempre, ha sabido hacerse intérprete de los sentimientos de todo el Colegio: *Cor ad cor loquitur*. Gracias, eminencia, de corazón. Y desearía decir –retomo la referencia a la experiencia de los discípulos de Emaús– que también para mí ha sido una alegría caminar con vosotros en estos años, en la luz de la presencia del Señor resucitado.

Como dije ayer ante los miles de fieles que llenaban la plaza de San Pedro, vuestra cercanía y vuestro consejo me han sido de gran ayuda en mi ministerio. En estos ocho años hemos vivido con fe momentos bellísimos de luz radiante en el camino de la Iglesia, junto a momentos en los que alguna nube se ha adensado en el cielo. Hemos buscado servir a Cristo y a su Iglesia con amor profundo y total, que es el alma de nuestro ministerio. Hemos dado esperanza, la que nos viene de Cristo, el único que puede iluminar el camino. Juntos podemos dar gracias al Señor, que nos ha hecho crecer en la comunión, y juntos rogarle que os ayude a seguir creciendo en esta unidad profunda, de forma que el Colegio de los cardenales sea como una orquesta donde las diversidades –expresión de la Iglesia universal– cooperen siempre a la armonía superior y concorde.

Desearía dejaros un pensamiento sencillo, que me importa mucho: un pensamiento sobre la Iglesia, sobre su misterio, que constituye para todos nosotros –podemos decir– la razón y la pasión de la vida. Me dejo ayudar por una expresión de Romano Guardini, escrita precisamente en el año en que los padres del Concilio Vaticano II aprobaban la constitución *Lumen gentium*, en su último libro, con una dedicatoria personal también para mí; por ello las palabras de este libro son

particularmente queridas para mí. Dice Guardini: la Iglesia «no es una institución inventada y construida en teoría..., sino una realidad viva... Vive a lo largo del tiempo, en devenir, como todo ser vivo, transformándose... Sin embargo su naturaleza sigue siendo siempre la misma, y su corazón es Cristo». Ha sido nuestra experiencia ayer, me parece, en la plaza: ver que la Iglesia es un cuerpo vivo, animado por el Espíritu Santo y vive realmente por la fuerza de Dios. Ella está en el mundo, pero no es del mundo: es de Dios, de Cristo, del Espíritu. Lo hemos visto ayer. Por esta es verdad y elocuente también la otra famosa expresión de Guardini: «La Iglesia se despierta en las almas». La Iglesia vive, crece y se despierta en las almas, que –como la Virgen María– acogen la Palabra de Dios y la conciben por obra del Espíritu Santo; ofrecen a Dios la propia carne y, precisamente en su pobreza y humildad, se hacen capaces de generar a Cristo hoy en el mundo. A través de la Iglesia, el misterio de la Encarnación permanece presente para siempre. Cristo sigue caminando a través de los tiempos y de todos los lugares.

Permanezcamos unidos, queridos hermanos, en este Misterio: en la oración, especialmente en la Eucaristía cotidiana, y sirvamos así a la Iglesia y a toda la humanidad. Esta es nuestra alegría, que nadie nos puede arrebatar.

Antes de saludaros personalmente, deseo deciros que continuaré estando cerca de vosotros con la oración, especialmente en los próximos días, a fin de que seáis plenamente dóciles a la acción del Espíritu Santo en la elección del nuevo papa. Que el Señor os muestre aquello que quiere Él. Y entre vosotros, entre el Colegio cardenalicio, está también el futuro Papa, a quien ya hoy prometo mi incondicional reverencia y obediencia. Por esto, con afecto y reconocimiento, os imparto de corazón la bendición apostólica.



SG

# Palabras de despedida de Benedicto XVI

*Ángelus del domingo, 24 de febrero de 2013*

Queridos hermanos y hermanas:

¡Gracias por vuestro afecto!

Hoy, segundo domingo de Cuaresma, tenemos un Evangelio especialmente bello, el de la Transfiguración del Señor. El evangelista Lucas pone particularmente de relieve el hecho de que Jesús se transfiguró mientras oraba: es una experiencia profunda de relación con el Padre durante una especie de retiro espiritual que Jesús vive en un alto monte en compañía de Pedro, Santiago y Juan, los tres discípulos siempre presentes en los momentos de la manifestación divina del Maestro (Lc 5, 10; 8, 51; 9, 28). El Señor, que poco antes había preanunciado su muerte y resurrección (9, 22), ofrece a los discípulos un anticipo de su gloria. Y también en la Transfiguración, como en el bautismo, resuena la voz del Padre celestial: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo» (9, 35). La presencia luego de Moisés y Elías, que representan la Ley y los profetas de la antigua Alianza, es muy significativa: toda la historia de la Alianza está orientada a Él, a Cristo, que realiza un nuevo «éxodo» (9, 31), no hacia la Tierra prometida como en el tiempo de Moisés, sino hacia el Cielo.

La intervención de Pedro: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí!» (9, 33) representa el intento imposible de detener tal experiencia mística. Comenta san Agustín: «[Pedro]... en el monte... tenía a Cristo como alimento del alma. ¿Por qué tuvo que bajar para volver a las fatigas y a los dolores, mientras allí arriba estaba lleno de sentimientos de santo amor hacia Dios,

que le inspiraban por ello a una santa conducta?» (Discurso 78, 3: PL 38, 491).

Meditando este pasaje del Evangelio, podemos obtener una enseñanza muy importante. Ante todo, el primado de la oración, sin la cual todo el compromiso del apostolado y de la caridad se reduce a activismo. En Cuaresma aprendemos a dar el tiempo justo a la oración, personal y comunitaria, que ofrece aliento a nuestra vida espiritual. Además, la oración no es aislarse del mundo y de sus contradicciones, como habría querido hacer Pedro en el Tabor, sino que la oración reconduce al camino, a la acción. «La existencia cristiana –escribí en el Mensaje para esta Cuaresma– consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que de ahí se derivan, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios» (n. 3).

Queridos hermanos y hermanas, esta Palabra de Dios la siento dirigida a mí, de modo particular, en este momento de mi vida. ¡Gracias! El Señor me llama a «subir al monte», a dedicarme aún más a la oración y a la meditación. Pero esto no significa abandonar a la Iglesia, es más, si Dios me pide esto es precisamente para que yo pueda seguir sirviéndola con la misma entrega y el mismo amor con el cual he tratado de hacerlo hasta ahora, pero de una forma más acorde a mi edad y a mis fuerzas. Invoquemos la intercesión de la Virgen María: que ella nos ayude a todos a seguir siempre al Señor Jesús, en la oración y en la caridad activa.

*Saludo a los fieles de la diócesis de Albano*

Castelgandolfo, 28 de febrero de 2013

Gracias. Gracias a vosotros.

Queridos amigos, me alegra estar con vosotros, rodeado por la belleza de la creación y por vuestra simpatía, que me hace mucho bien. Gracias por vuestra amistad, por vuestro afecto. Sabéis que para mí este es un día distinto de otros anteriores. Ya no soy Sumo Pontífice de la Iglesia católica. Todavía lo seré hasta las ocho de esta tarde, después ya no. Soy simplemente un peregrino que empieza la última etapa de su peregrinación en esta tierra. Pero

quisiera trabajar todavía con mi corazón, con mi amor, con mi oración, con mi reflexión, con todas mis fuerzas interiores, por el bien común y el bien de la Iglesia y de la humanidad. Y me siento muy apoyado por vuestra simpatía. Caminemos junto al Señor por el bien de la Iglesia y del mundo. Gracias, y ahora os imparto de todo corazón mi bendición. Que os bendiga Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Gracias, buenas noches. Gracias a todos.

# Benedicto XVI y el Concilio Vaticano II

## *Discurso a los párrocos y clero de Roma*

14 de febrero de 2013

Para mí es un don especial de la Providencia el poder ver aún a mi clero, el clero de Roma, antes de abandonar el ministerio petrino. Es siempre una gran alegría ver que la Iglesia vive, cómo está viva en Roma; hay pastores que guían la grey del Señor en el espíritu del Pastor supremo. Es un clero realmente católico, universal, y esto se corresponde con la esencia de la Iglesia de Roma: llevar en sí misma la universalidad, la catolicidad de todas las naciones, de todas las razas, de todas las culturas. Al mismo tiempo, estoy muy agradecido al Cardenal Vicario, que ayuda a despertar, a encontrar las vocaciones en la misma Roma, puesto que, si por un lado Roma debe ser la ciudad de la universalidad, también debe ser una ciudad con una fe fuerte y robusta, de la cual surgen también vocaciones. Y estoy convencido de que, con la ayuda del Señor, podemos encontrar las vocaciones que Él mismo nos da, guiarlas y ayudarlas a madurar, para que puedan así servir en el trabajo en la viña del Señor.

Hoy habéis profesado el Credo ante la tumba de San Pedro: me parece un acto muy apropiado en el Año de la Fe, tal vez necesario, que el clero de Roma se reúna en la tumba del apóstol al que el Señor le dijo: «Te encomiendo mi Iglesia. Sobre ti edifico mi Iglesia» (cf. Mt 16,18-19). Ante el Señor, y junto con Pedro, habéis confesado: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (cf. Mt 16,15-16). Así es como crece la Iglesia: junto a Pedro, confesando a Cristo, siguiendo a Cristo. Y hagamos siempre así. Estoy muy agradecido por vuestras oraciones, que he sentido –como dije el miércoles– casi físicamente. Aunque ahora me retiro, estoy siempre cerca de todos vosotros en la oración, y estoy seguro de que también vosotros estaréis cercanos a mí, aunque para el mundo estaré oculto. [...]

### **La ida al Concilio con alegría**

Así pues, fuimos al Concilio no sólo con alegría, sino con entusiasmo. Había una expectativa increíble. Esperábamos que todo se renovase, que llegara verdaderamente un nuevo Pentecostés, una nueva era de la Iglesia, porque la Iglesia era aún bastante robusta en aquel tiempo, la práctica dominical todavía buena, las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa ya se habían reducido algo, pero aún eran suficientes. No obstante, se sentía que la Iglesia no avanzaba, se reducía; que parecía una realidad del pasado y no la portadora del futuro. Y, en aquel momento,

esperábamos que esta relación se renovara, cambiara; que la Iglesia fuera de nuevo una fuerza del mañana y una fuerza del hoy. Y sabíamos que la relación entre la Iglesia y el periodo moderno, desde el principio, era un poco contrastante, comenzando con el error de la Iglesia en el caso de Galileo Galilei; se pensaba corregir este comienzo equivocado y encontrar de nuevo la unión entre la Iglesia y las mejores fuerzas del mundo, para abrir el futuro de la humanidad, para abrir el verdadero progreso. Estábamos, pues, llenos de esperanza, de entusiasmo, y también de ganas de hacer nuestra parte para ello. Me acuerdo que se consideraba el Sínodo Romano como un modelo negativo. Se decía –no sé si era cierto– que habían leído en la basílica de San Juan los textos ya preparados, y que los miembros del Sínodo habían aclamado, aprobado aplaudiendo, y así se había celebrado el Sínodo. Los obispos dijeron: «No, no hagamos así. Somos obispos, y somos nosotros mismos el sujeto del Sínodo; no queremos únicamente aprobar lo que se ha hecho, sino que queremos ser el sujeto, los portadores del Concilio. Así, hasta el cardenal Frings, famoso por su fidelidad absoluta al Santo Padre, casi escrupulosa, dijo en este caso: «Estamos aquí con otra función. El Papa nos ha convocado para ser como Padres, para ser Concilio ecuménico, un sujeto que renueve la Iglesia. Así queremos asumir este encargo nuestro».

### **Renovación del plan del Concilio**

Esta actitud se manifestó inmediatamente en el primer momento, el primer día. En este primer día estaba prevista la elección de las comisiones, y se habían preparado las listas y los nombres, de manera –se intentaba– imparcial; y se debían votar estas listas. Pero los Padres dijeron inmediatamente: «No, no queremos simplemente votar listas ya preparadas. Nosotros somos el sujeto». Entonces se tuvieron que aplazar las elecciones, porque los Padres mismos querían conocerse un poco, querían preparar ellos mismos las listas. Y así se hizo. El cardenal Lienart de Lille, el cardenal Frings de Colonia, habían dicho públicamente: «Así no. Queremos hacer nuestras listas y elegir a nuestros candidatos». No era un acto revolucionario, sino un acto de conciencia, de responsabilidad por parte de los Padres conciliares.

Comenzó así una intensa actividad para conocerse unos a otros, horizontalmente, algo que no se dejó al azar. En el «Collegio dell'Anima», donde me alojaba,

tuvimos muchas visitas. El Cardenal era muy conocido, y vimos cardenales de todo el mundo. Me acuerdo bien de la figura alta y delgada de monseñor Etchegaray, que era secretario de la Conferencia Episcopal Francesa, de los encuentros con los cardenales, etc. Después, esto se hizo típico durante todo el Concilio: pequeños encuentros transversales. Así conocí a grandes figuras, como el padre De Lubac, Daniélou, Congar, y otros. Conocimos diversos obispos; recuerdo particularmente al obispo Elchinger, de Estrasburgo, y así sucesivamente. Esta fue una experiencia de la universalidad de la Iglesia y de la realidad concreta de la Iglesia, que no recibe simplemente imperativos desde arriba, sino que crece y va adelante, naturalmente bajo la dirección del Sucesor de Pedro.

Como ya he dicho, todos venían con grandes expectativas; pero nunca se había celebrado un Concilio de estas dimensiones, y no todos sabían cómo proceder. Los más preparados —aquellos, digamos, con intenciones más definidas—, eran el episcopado francés, alemán, belga, holandés: la llamada «alianza renana». Y, en la primera parte del Concilio, eran ellos los que indicaban el rumbo; después se amplió rápidamente la actividad y todos participaban cada vez más en la creatividad del Concilio. Los franceses y los alemanes tenían diversos intereses en común, aunque con matices bastante diferentes.

### **Inicio del Concilio: primera parte**

El primer objetivo, inicial, simple —aparentemente simple— era la reforma de la liturgia, que había comenzado ya con el papa Pío XII, reformando la Semana Santa; el segundo, la eclesiología; el tercero, la Palabra de Dios, la Revelación y, finalmente, también el ecumenismo. Mucho más que los alemanes, los franceses tenían también el problema de tratar la situación de las relaciones entre la Iglesia y el mundo. [...]

### **El doble Concilio: el de los Padres y el de los Medios**

Quisiera ahora añadir todavía un tercer punto: Estaba el Concilio de los Padres —el verdadero Concilio—, pero estaba también el Concilio de los medios de comunicación. Era casi un Concilio aparte, y el mundo percibió el Concilio a través de éstos, a través de los Medios. Así pues, el Concilio inmediatamente eficiente que llegó al pueblo fue el de los Medios, no el de los Padres. Y mientras el Concilio de los Padres se realizaba dentro de la fe, era un Concilio de la fe que busca el *intellectus*, que busca comprenderse y comprender los signos de Dios en aquel momento, que busca responder al desafío de Dios en aquel momento y encontrar en la Palabra de Dios la palabra para hoy y para mañana; mientras todo el Concilio

—como he dicho— se movía dentro de la fe, como *fides quaerens intellectum*, el Concilio de los periodistas no se desarrollaba naturalmente dentro de la fe, sino dentro de las categorías de los medios de comunicación de hoy, es decir, fuera de la fe, con una hermenéutica distinta. Era una hermenéutica política. Para los medios de comunicación, el Concilio era una lucha política, una lucha de poder entre diversas corrientes en la Iglesia. Era obvio que los medios de comunicación tomaran partido por aquella parte que les parecía más conforme con su mundo. Estaban los que buscaban la descentralización de la Iglesia, el poder para los obispos y después, a través de la palabra «Pueblo de Dios», el poder del pueblo, de los laicos. Estaba esta triple cuestión: el poder del Papa, transferido después al poder de los obispos y al poder de todos, soberanía popular. Para ellos, naturalmente, esta era la parte que había que aprobar, que promulgar, que favorecer. Y así también la liturgia: no interesaba la liturgia como acto de la fe, sino como algo en lo que se hacen cosas comprensibles, una actividad de la comunidad, algo profano. Y sabemos que había una tendencia a decir, fundada también históricamente: lo sagrado es una cosa pagana, eventualmente también del Antiguo Testamento. En el Nuevo vale sólo que Cristo ha muerto fuera: es decir, fuera de las puertas, en el mundo profano. Así pues, sacralidad que ha de acabar, profano también el culto. El culto no es culto, sino un acto del conjunto, de participación común, y una participación como mera actividad. Estas traducciones, banalización de la idea del Concilio, han sido virulentas en la aplicación práctica de la Reforma litúrgica; nacieron en una visión del Concilio fuera de su propia clave, de la fe. Y así también en la cuestión de la Escritura: la Escritura es un libro histórico, que hay que tratar históricamente y nada más, y así sucesivamente.

Sabemos en qué medida este Concilio de los medios de comunicación fue accesible a todos. Así, esto era lo dominante, lo más eficiente, y ha provocado tantas calamidades, tantos problemas; realmente tantas miserias: seminarios cerrados, conventos cerrados, liturgia banalizada... y el verdadero Concilio ha tenido dificultad para concretizarse, para realizarse; el Concilio virtual era más fuerte que el Concilio real. Pero la fuerza real del Concilio estaba presente y, poco a poco, se realiza cada vez más y se convierte en la fuerza verdadera que después es también reforma verdadera, verdadera renovación de la Iglesia. Me parece que, cincuenta años después del Concilio, vemos cómo este Concilio virtual se rompe, se pierde, y aparece el verdadero Concilio con toda su fuerza espiritual. Nuestra tarea, precisamente en este Año de la Fe, comenzando por este Año de la Fe, es la de trabajar para que el verdadero Concilio, con la fuerza del Espíritu Santo, se realice y la Iglesia se renueve realmente. Confiamos en que el Señor nos ayude. Yo, retirado en mi oración, estaré siempre con vosotros, y juntos avanzamos con el Señor, con esta certeza: el Señor vence.

# El impacto de la renuncia de Benedicto XVI

*La decisión de Benedicto XVI de renunciar al ministerio petrino nos sorprendió, como a la inmensa mayoría de los fieles, dejándonos por un tiempo perplejos ante un hecho grave y extraordinario. Sin embargo los días fueron pasando y el propio Benedicto XVI, en sus últimas semanas como papa, nos fue ayudando a comprender, en lo posible, su decisión y de este modo, a penetrar más, con fe más madura, en el misterio de nuestra Madre la Iglesia. El Papa quiso que su acto de renuncia fuera su último acto de gobierno y al mismo tiempo una vivida catequesis que, precisamente en este Año de la Fe, hiciera madurar y fortalecer nuestra fe. Este madurar, desde la perplejidad inicial a la aceptación repleta de lecciones, se refleja en múltiples escritos e intervenciones, de los que aquí recogemos algunos fragmentos que nos parecen especialmente significativos.*

LA RENUNCIA HA SACUDIDO AL MUNDO ENTERO: EL PAPADO ES LA ÚNICA AUTORIDAD MORAL MUNDIAL ESCUCHADA EN TODO EL ORBE.

«Haciendo clic en el elenco de “favoritos”, en las páginas web de los periódicos más importantes del mundo, constataba la extraordinaria importancia que se había dado al «*Pope resigning from his charge*» (El Papa renuncia a su cargo) expresado en cada idioma. En casos como éste, es donde se manifiesta una singular paradoja: a la disminución progresiva, que lleva décadas ocurriendo, del número de practicantes católicos (al menos en Occidente) y de la influencia social, moral y política de la Iglesia romana, parece corresponder un aumento del interés por ella, por sus vicisitudes, por su Pontífice.

La imagen, aunque a menudo deformada, de la Iglesia, *catholica et apostolica*, fascina o inquieta al imaginario de la humanidad. Y su Jefe, con vestidura blanca, es la única autoridad moral escuchada siempre y en todo lugar: para aceptar o para rechazar, para amar o para detestar». (VITTORIO MESSORI)

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN HOSTILES A LA IGLESIA, INCAPACES PARA COMPRENDER EL GESTO DEL PAPA.

«A muchos Medios no les gusta Dios y no entienden a la gente a la que sí. Lo ven todo desde el prisma de la política, dando por descontado que los cristianos se dividen en izquierda y derecha, que citar la Biblia es usar una jerga ideológica o que los fundamentos de la fe se pueden negociar del mismo modo que los programas electorales de los partidos son fácilmente olvidados por los charlatanes que los dirigen». (TIM STANLEY, *The Daily Telegraph*)

«El final de este pontificado es un signo de contradicción para aquellos que ven toda acción huma-

na desde las cínicas categorías del poder. El papa Benedicto XVI comprende el papel del papado en la Iglesia primariamente como servicio. Entre sus muchos títulos, Vicario de Cristo, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, se encuentra el de Siervo de los siervos de Dios. (STEVEN WHITE, *Huffington Post*)

TAMBIÉN DESDE DENTRO DE LA IGLESIA, HAY QUIEN SE EMPEÑA EN JUZGAR CON CATEGORÍAS HUMANAS.

«Naturalmente, también en esta ocasión, la interpretación modernista más peligrosa es la que nace dentro de la Iglesia. La idea modernista es que con este acto algo ha cambiado en la naturaleza de la Iglesia y del papado. Si el papado se convierte en un “encargo temporal”, si las fuerzas físicas y humanas son un criterio para valorar a un papa, si el Pontífice se comporta como una persona “normal” (Gian Enrico Rusconi en *La Stampa*) es evidente, afirma la interpretación modernista, que “cambia radicalmente el *status* del pontificado romano” (Ezio Mauro en *La Repubblica*). Ratzinger habría “desacralizado” la función papal. Domenico Rosati, por ejemplo, en *L’Unità*, sostiene que ha sido como un abajamiento del papado al nivel del episcopado y que la dimisión de Ratzinger ha hecho oírse con toda su fuerza la exigencia de un Sínodo permanente que comparta con el Papa el gobierno de la Iglesia.

Pero esta interpretación modernista está completamente errada. Esta errada en dos sentidos: en primer lugar porque es el propio Ratzinger quien la contradice por completo, tanto desde su pensamiento como teólogo como desde su enseñanza como pontífice; en segundo lugar porque la contradice la misma doctrina de la Iglesia. La naturaleza de la Iglesia y del Papado no han cambiado y ninguna tesis conciliarista puede arrebatarle el primado a Pedro mientras Pedro sea Pe-

dro, incluso si éste decide en conciencia y ante Dios, tal y como prevé el Código de Derecho Canónico, renunciar a su poder de jurisdicción.

La novedad de la dimisión es evidentemente una novedad, puesto que no había sucedido casi nunca anteriormente. Pero hay que preguntarse si esta novedad quiebra la Tradición de la Iglesia. La respuesta es no. La dimisión no elimina ocho años de pontificado, en continuidad con los pontificados precedentes, cuyas enseñanzas y cuyas indicaciones constituyen la base para el nuevo pontífice que pronto tendremos». (STEFANO FONTANA, *La Nuova Bussola Quotidiana*)

#### LA ÚNICA SOLUCIÓN: SOBRENATURALIZARLO TODO

«Sobre todo, para entender el gesto es necesario ponerse en una óptica de fe, no en una óptica mundana, que siempre tiende a contaminar también la Iglesia». (Monseñor NICOLA BUX)

«No esperen ustedes muchos análisis periodísticos en los que no, aparezca la idea de que hay una lucha por el poder dentro de la Iglesia. El mundo, en el sentido bíblico del término, no entiende que el papado es sobre todo un ministerio de servicio espiritual y eclesial. Ciertamente el factor humano está presente en el seno de la Iglesia. A lo largo de la historia hemos contemplado a papas que más parecían reyes mundanos que verdaderos obispos. Aun así, Dios no permitió jamás que esos papas tocaran una tilde del depósito de la fe. Si el papado ha sobrevivido hasta nuestros días a pesar de todo eso, es señal inequívoca de que fue instituido por Cristo. Las puertas del Hades no han prevalecido. Y no prevalecerán». (LUIS FERNANDO PÉREZ BUSTAMANTE, *Infocatólica*)

SE RECONOCE QUE POR ENCIMA DE CADA UNA DE LAS PERSONAS LLAMADAS A SER SUCESORES DE PEDRO ESTÁ LA FIGURA DEL PAPA, EL PAPA-PAPA, LA QUE HACÍA DECIR A SAN JUAN BOSCO, DIRIGIÉNDOSE A SUS MUCHACHOS QUE GRITABAN ¡VIVA PÍO IX!, «HAY QUE DECIR: ¡VIVA EL PAPA!» (ÉL, QUE ERA UN ADMIRADOR CONVENCIDO DEL BEATO PÍO IX)

«Esto servirá para madurar nuestra fe. Nuestra fe no es en el Papa, es en Cristo. Cristo es el mismo, ayer, hoy y siempre. Nosotros somos siervos, vamos y venimos. Cristo no va y viene, permanece. El Papa es siervo de los siervos. Este suceso nos ayudará a profundizar en la fe y a ser menos sentimentales, la gente puede caer en el error del me gusta, me gusta su estilo, me gusta su cara. No todos los papas tienen

la misma cara ni el mismo estilo, pero todos son sucesores de san Pedro. Así que esto nos va a servir para fortalecer y purificar nuestra fe, el gesto de Benedicto XVI tiene más enseñanzas de las que nos damos cuenta». (Cardenal FRANCIS ARINZE)

EL MUNDO SE HA QUEDADO SIN PALABRAS ANTE LA HUMILDAD QUE BRILLA EN LA RENUNCIA DEL PAPA. UNA VEZ MÁS, LA HUMILDAD HABLA CON MÁS FUERZA.

«En un mundo lleno de personas aferradas al poder, incapaces de liberarse del control, ávidas de subir y subir cada vez más, qué evangélico y contracorriente es el gesto de quien dice con honestidad: Perdonadme, me faltan las fuerzas, que Jesús llame a otro al timón de la Iglesia, yo me retiro del poder al silencio y la oración. ¡Gracias, papa Benedicto! Has propinado un golpe al orgullo de todos. El mundo ha quedado sorprendido. La Iglesia ha quedado edificada. Todos estamos llamados a tener en cuenta este gesto y Dios, desde el cielo, sonrío, porque un rayo de su luz ha logrado deshacer la densa niebla de la soberbia humana. Y la Iglesia continúa su camino, regida por la certeza de que Jesús permanece siempre al timón de la barca, sin interrupción. Y esto es suficiente para darnos optimismo.

El Papa deja una gran herencia. Benedicto XVI nos ha enseñado a leer la historia de la Iglesia con el criterio de la continuidad. Algunos querían leer el Concilio Vaticano II como una ruptura. El papa Benedicto ha dicho: No. En la Iglesia no hay rupturas, se da un crecimiento, un desarrollo, pero siempre en continuidad. Son dos mil años de historia de una comunidad que está viva y que es coherente con el agua que mana del manantial, que mana de Jesús. Por eso, el papa Benedicto XVI también nos deja una visión muy espiritual de su papel y de su pontificado. No ha hecho más que conducirnos al manantial del Evangelio, pues la Iglesia rejuvenece. No se basa en las modas del momento, sino que encuentra la frescura en los orígenes, en la fidelidad al Evangelio, purificándose, quitándose todo el polvo que los siglos pueden haber dejado en su rostro». (CARDENAL COMASTRI)

JUNTO A LA HUMILDAD DE SU GESTO, DESTACA LA VALENTÍA DEL MISMO, UNA VALENTÍA PROPIAMENTE CRISTIANA Y QUE SÓLO SE EXPLICA DESDE EL ABANDONO CONFÍADO EN LA DIVINA PROVIDENCIA.

«El Santo Padre, se ha dicho, ha hecho un gesto de humildad. Es certísimo. Ha hecho también un gesto de valentía. Esto es también cierto, en el sentido de que realizando este gesto ha previsto que sería

acusado de falta de valentía y de «huir ante los lobos», para recordar una frase suya famosa, y no obstante lo ha hecho. Otros han hablado de libertad espiritual. Es también verdad. De hecho, el cumplir ponderada y conscientemente un gesto de tal magnitud y tan insólito, es ciertamente signo de un espíritu sanamente independiente que se deja guiar sólo por Dios. Y ha sido también un negarse a sí mismo por el bien de la Iglesia.

Si hasta Pío XII hemos tenido un papado que reflejaba predominantemente el aspecto de Cristo cuando hablaba con autoridad, desde el Vaticano II se inicia, de hecho, no por voluntad del Concilio, una nueva figura de Papa, que podríamos denominar «Papa crucificado y abandonado» y que refleja predominantemente el ejemplo de Cristo en la cruz. Al Papa, como planteamiento de principio, le basta con imitar el testimonio de Nuestro Señor: que tome un aspecto u otro es algo secundario. Si hasta Pío XII teníamos la imitación de Jesús que da órdenes, habla con autoridad y es obedecido, desde Pablo VI se nos muestra más el Jesús crucificado, ignorado y abandonado por todos, si bien con su Madre y san Juan a su lado. Así, el modelo del Papa de hoy es cada vez más el del profeta y del mártir, parecido al de los papas del Imperio romano, con la diferencia que si en aquellos tiempos el enemigo era externo, hoy en día el enemigo también lo tenemos en casa». (P. GIOVANNI CAVALCOLI, O.P.)

EN LA RENUNCIA DE BENEDICTO XVI BRILLA LO QUE SIEMPRE HA ENSEÑADO EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, LA CERTEZA DE QUE LO MÁS IMPORTANTE ES LA ORACIÓN Y DE QUE EL APOSTOLADO MÁS EFICAZ SE REALIZA A TRAVÉS DE ELLA.

En los años de pontificado ha repetido a menudo: «El corazón de la Iglesia no está donde se proyecta, se administra, se gobierna, sino donde se reza». Por tanto, su servicio a la Iglesia católica no sólo continúa, sino que, en la perspectiva de la fe, se hace aún más relevante: si no ha elegido un monasterio lejano es posiblemente para dar testimonio, también con la cercanía física a la tumba de Pedro, cuánto desea permanecer junto a la Iglesia, a la que quiere donarse hasta el final». (VITTORIO MESSORI)

«Estoy convencido de que el grano que cae a tierra y queda escondido, da mucho fruto. Y es esto lo que ocurrirá con este acto de ocultamiento: estoy seguro de que tendrá una gran fecundidad. Afirma ya que la santidad supera a todas las grandezas y las jerarquías y que el secreto de Dios vale más que todas nuestras planificaciones, lo que, en mi opinión, es esencial para la Nueva Evangelización». (FABRICE HADJADI)

LA DECISIÓN DEL PAPA, UN SUCESO EXCEPCIONAL, PUEDE Y DEBE SER COMPRENDIDA A LA LUZ DE LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA, CONTEMPLANDO LA PARTICULAR GRAVEDAD DE LOS MOMENTOS QUE VIVIMOS, TAL Y COMO HA SIDO EXPUESTA DESDE EL PROPIO MAGISTERIO PONTIFICIO POR BENEDICTO XVI.

«El juicio sobre el carácter apocalíptico de la hora presente es una de los fondos de esta sorprendente decisión. La renuncia de Benedicto XVI constituye un suceso apocalíptico, y no en referencia a falsas profecías ni a cálculos de fechas, del todo ajenas al estilo católico. El adjetivo apocalíptico no tiene nada que ver con predicciones cronológicas, sino que indica que vivimos en tiempos de extrema dificultad y prueba para la Iglesia y el mundo en los que un proceso plurisecular de descristianización se revela como putrefacción final, con una virulencia antirreligiosa, anticristiana y anticatólica inaudita.

Tanto en el célebre discurso de Ratisbona del 12 de septiembre de 2006 como en la encíclica del año posterior, *Spe salvi*, Benedicto XVI ha mostrado precisamente cómo hemos llegado verdaderamente al final de un proceso que nos ha alejado progresivamente de la síntesis de fe y razón trabajosamente construida en la Europa cristiana durante tantos siglos de oración, estudio y trabajo. Martín Lutero, el racionalismo del Renacimiento, el Iluminismo, las ideologías del siglo xx, el nihilismo contemporáneo, caracterizado por un relativismo agresivo que se convierte en «dictadura» y ataca los santuarios de la vida y de la familia.

En la encíclica *Caritas in veritate* Benedicto XVI ilustra cómo la dictadura del relativismo se presenta como ataque a los principios no negociables, sobre todo como ataque a la vida, y como tecnocracia. «La cuestión social se ha convertido hoy en cuestión antropológica» y, como ha repetido en su viaje a Alemania en 2011, hoy ya no se niega sólo la ley de Dios, se afirma que no existe una ley natural.

En el reciente discurso a la Curia romana del 21 de diciembre de 2012 el Papa muestra cómo la enfermedad de nuestra civilización ha llegado a una fase realmente terminal con la ideología de género y la teoría según la cual no tenemos una naturaleza de hombre y mujer sino que podemos sencillamente inventárnosla. «La profunda falsedad de esta teoría y de la revolución antropológica que subyace en ella es evidente».

Que se haya podido llegar a la negación de Dios y a la negación del hombre muestra el carácter final, después de tantas otras revoluciones, de la «revolución antropológica» de nuestros días. Carácter final de un proceso plurisecular de ataque a la Iglesia y, en consecuencia, apocalíptico». (MASSIMO INTROVIGNE, *La Nuova Bussola Quotidiana*)

# Benedicto XVI exhorta a la devoción a san José

EL SILENCIO DE JOSÉ  
Ángelus, 18 de diciembre de 2005

El amado papa Juan Pablo II, que era muy devoto de san José, nos ha dejado una admirable meditación dedicada a él en la exhortación apostólica *Redemptoris custos*, «Custodio del Redentor». Entre los muchos aspectos que pone de relieve, pondera en especial el silencio de san José. Su silencio estaba impregnado de contemplación del misterio de Dios, con una actitud de total disponibilidad a la voluntad divina. En otras palabras, el silencio de san José no manifiesta un vacío interior, sino, al contra-

rio, la plenitud de fe que lleva en su corazón y que guía todos sus pensamientos y todos sus actos. Un silencio gracias al cual san José, al unísono con María, guarda la palabra de Dios, conocida a través de las Sagradas Escrituras, confrontándola continuamente con los acontecimientos de la vida de Jesús; un silencio entretejido de oración constante, oración de bendición del Señor, de adoración de su santísima voluntad y de confianza sin reservas en su providencia.

JOSÉ, MODELO DE FE, ESPERANZA Y AMOR Estadio Amadou Ahidjo (Yaundé)  
19 de marzo de 2009

«Esperando contra toda esperanza» ¿no es una magnífica definición del cristiano? África está llamada a la esperanza a través de vosotros y en vosotros. Con Jesucristo, que ha pisado la tierra africana, África puede llegar a ser el continente de la esperanza. Todos nosotros somos miembros de los pueblos que Dios ha dado como descendencia a Abraham. Cada uno y cada uno de nosotros ha sido pensado, querido y amado por Dios. Todos y cada uno de nosotros tiene su papel en el plan de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si os asalta el desáni-

mo, pensad en la fe de José; si os invade la inquietud, pensad en la esperanza de José, descendiente de Abraham, que esperaba contra toda esperanza; si la desgana o el odio os embarga, pensad en el amor de José, que fue el primer hombre que descubrió el rostro humano de Dios en la persona del Niño, concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Bendigamos a Cristo por haberse hecho tan cercano a nosotros y demosle gracias por habernos dado a José como ejemplo y modelo de amor a Él.

AMOR A LA IGLESIA  
Estadio Amadou Ahidjo (Yaundé)  
19 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo os digo de corazón: como José, no tengáis reparo en llevaros a María con vosotros, es decir no tengáis reparo en amar a la Iglesia. María, madre de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis

al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia nuestra Madre: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (*Redemptoris custos*, 20).

A LOS PADRES DE FAMILIA  
Estadio Amadou Ahidjo (Yaundé)  
9 de marzo de 2009

Quisiera dirigir una exhortación particular a los padres de familia, puesto que san José es su modelo. San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del Hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a se-

mejanza de Él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como San José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. Lc 2,49), con amor y con vuestra presencia responsable.

A LOS JÓVENES  
Estadio Amadou Ahidjo (Yaundé)  
19 de marzo de 2009

Finalmente, a todos los jóvenes que estáis aquí, os dirijo palabras de amistad y de ánimo: ante las dificultades de la vida, sed valientes. Vuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios. Dejaos cautivar por Cristo, entregadle gustosamente vuestro amor y, ¿por qué no?, ofrecedle vuestra propia vida en el sacerdocio o la vida consagrada. Es el servicio más

grande. A los hijos huérfanos de padre o que viven abandonados en la miseria de la calle, a los que han sido separados violentamente de sus padres, maltratados y sometidos a abusos, y reclutados por la fuerza en ciertos grupos militares que asolan algunos países, quisiera decirles: Dios os ama, no os olvida y san José os protege. Invocadle con confianza.

CONSIDERACIÓN A LOS SACERDOTES  
Basílica María Reina de los Apóstoles (Yaundé)  
18 de marzo de 2009

Que la celebración de la Eucaristía sea verdaderamente el centro de vuestra vida sacerdotal, y así será también el centro de vuestra misión eclesial. En efecto, Cristo nos llama a participar en su misión durante toda nuestra vida, a ser sus testigos, para que se anuncie a todos su Palabra. Al celebrar este sacramento en nombre y en la persona del Señor, no es la persona del sacerdote la que ha de ponerse en primer plano: él es un servidor, un humilde instrumento que señala a Cristo, porque Cristo mismo se ofrece en sacrificio para la salvación del mundo. «El que gobierne, pórtese como el que sirve» (Lc 22,26), dijo Jesús. Y Orí-

genes ha escrito: «José entiende que Jesús era superior a él mientras le era sumiso, y a sabiendas de la superioridad de su menor, José le mandaba con temor y mesura. Que todos reflexionen: a menudo, una persona de menor valía es colocada por encima de gente mejor que él, y a veces ocurre que el inferior vale más que aquel que parece mandar sobre él. Cuando alguien que ha sido elevado en dignidad comprenda esto, ya no se hinchará de orgullo por su rango más alto, sino que sabrá que su inferior puede ser mejor que él, al igual que Jesús estaba sujeto a José» (Homilía sobre san Lucas, XX, 5, SC p. 287).

PERSONAS CONSAGRADAS  
Basílica María Reina de los Apóstoles (Yaundé)  
18 de marzo de 2009

Esta llamada a seguir a Cristo es un don para todo el Pueblo de Dios. Con la adhesión a vuestra vocación, imitando a Cristo casto, pobre y obediente, totalmente consagrado a la gloria de su Padre y al amor de sus hermanos y hermanas, tenéis como misión dar testimonio ante nuestro mundo, tan necesitado de ello, de la primacía de Dios y de los bienes futuros (cf. *Vita consecrata*, n. 85). Con vuestra fidelidad incondicional a vuestros compromisos, sois en la Iglesia un germen de vida que crece al servicio del Reino de Dios.

En todo momento, pero de modo particular cuando la fidelidad es sometida a prueba, san José os recuerda el sentido y el valor de vuestros compromisos. La vida consagrada es una imitación radical de Cristo. Por tanto, es necesario que vuestro estilo de vida manifieste con toda claridad lo que os hace vivir y que vuestra actividad no oculte vuestra identidad profunda. No tengáis miedo de vivir plenamente la consagración de vosotros mismos que habéis hecho a Dios, y de testimoniarlo con autenticidad en vuestro entorno.

OBEDIENCIA: ABANDONO  
Basílica María Reina de los Apóstoles (Yaundé)  
18 de marzo de 2009

La vida de san José, transcurrida en la obediencia a la Palabra, es un signo elocuente para todos los discípulos de Jesús que aspiran a la unidad de la Iglesia. Su ejemplo nos impulsa a entender que es abandonándose totalmente a la voluntad de Dios como el hombre se convierte en cumplidor eficaz del designio de Dios, que quiere reunir a los hombres en una

sola familia, una sola asamblea, una sola *ecclesia*. Queridos amigos miembros de otras confesiones cristianas, esta búsqueda de la unidad de los discípulos de Cristo es un gran reto para nosotros. Nos lleva ante todo a convertirnos a la persona de Cristo, a dejarnos atraer por Él. En Él es donde estamos llamados a reconocernos como hermanos, hijos de un mismo Padre.

# San José, patrón y protector de la Iglesia

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

## Progresiva extensión de la devoción a José desde Oriente a Occidente

**A**UNQUE la iglesia copta celebraba la fiesta de san José el 20 de julio ya en el siglo IV, su extensión en la Iglesia de Occidente es más tardía. Toma auge en el siglo XV por influencia de san Bernardino de Siena y Juan Gerson, que en el Concilio de Constanza el año 1414 había propuesto se invocara a san José como patrono de toda la Iglesia, después de que Sixto IV instituyera la fiesta del 19 de marzo. La fiesta de los Esponsales de la Santísima Virgen y san José, fijada en el 23 de enero, propugnada por Gerson, fue concedida por Paulo III primero a los franciscanos, y el beato Inocencio XI en 1682 otorgó celebrar la festividad de su Patrocinio a los carmelitas descalzos de la congregación de España, en la dominica tercera después de la Pascua. A partir de santa Teresa, san José fue tomado como poderoso protector de órdenes, comunidades y congregaciones a quien acudir en sus necesidades y tribulaciones. El auge de su devoción era ya imparable y san José ha venido siendo invocado cada vez más confiadamente por el pueblo cristiano como poderoso intercesor en sus necesidades temporales y espirituales, personales y familiares.

Todos los papas elevados a los altares en los últimos cuatro siglos han sido grandes devotos de san José y han promovido su devoción. El beato Inocencio XI en 1682 concedió celebrar la festividad del Patrocinio de San José. El beato Pío IX en 1870 le declaró patrono de la Iglesia. San Pío X, gran devoto de san José, cuyo nombre le impusieron en el bautismo, elevó la fiesta del Patrocinio al máximo rango litúrgico y aprobó las letanías en honor del santo Patriarca, único de entre todos los santos que tiene aprobadas letanías propias. El beato Juan XXIII, de nombre Ángelo José, introdujo a san José en el canon de la misa y le declaró patrón del Concilio Vaticano II, y el beato Juan Pablo II le dedicaría su exhortación apostólica *Redemptoris custos*.

En la segunda mitad del siglo XIX la popular invocación de protección particular a san José experimenta un sorprendente impulso, y se extiende no ya sólo a personas, colectividades, órdenes y congregaciones religiosas, sino a la Iglesia católica universal, es decir, a toda la humanidad destinada a formar parte de ella como herencia redimida por Jesu-

cristo. ¿Cuál fue la causa de este salto cualitativo del ámbito de protección de san José? En 1870 no eran ya sólo los fieles cristianos y las corporaciones o congregaciones quienes precisaban la protección de san José; los ataques se dirigían contra la Iglesia católica y era la que precisaba la urgente y poderosa protección. Se pretendía acabar con el Papa, cabeza de la Iglesia, para con él destruir la «herencia de Jesucristo».

## Pío VII, «*Maria Auxilium Christianorum*» y san José

**L**A Revolución francesa de 1789 supuso el triunfo definitivo de un nuevo orden político anticristiano: el poder que deriva del pueblo, sustituyó al poder que procede de Dios.

Invocaba libertad, igualdad y fraternidad, pero tuvo que imponerse mediante el terror y el exterminio. Según el historiador Taine, durante la Revolución francesa cien mil particulares padecieron en sus personas. Sólo en Lyon fueron fusilados 36.000 ciudadanos; en Toulon, asesinados 14.625; en Nantes, Carrier, durante varios meses, ahogó a 32.924 ciudadanos. Taine da la cifra de quinientos mil muertos para los once departamentos del Oeste. Fue precisa la obra de un tirano para encauzar la Revolución en forma ordenada y evitar su ruina. Como la soberanía de Dios y la del pueblo resultaban incompatibles, era preciso acabar con la Iglesia, y para ello Napoleón dispuso la prisión y el destierro del papa Pío VI, que murió en el exilio, y a quien tuvo por el último papa. Elegido sorpresivamente Pío VII en 1800, al no someterse a los dictados de Napoleón, fue deportado. El Emperador debía gobernar la Iglesia y exigió a Pío VII que le entregase el Anillo del Pescador para ser él quien sellara las órdenes. El Papa lo rompió antes de entregárselo.

En tan angustiosa situación Pío VII acudió en demanda de protección a san José, liberador de la Iglesia naciente del furor de otro déspota. A ello siguió la tremenda derrota del ejército napoleónico en Leipzig, y desde entonces los fracasos se sucedieron de modo inesperado. El decreto de devolución al Papa de sus estados por Napoleón fue firmado el 10 de marzo, día que en el orbe católico comienza la novena a san José, y llegó a manos del Pontífice en Fontainebleau el día 19, fiesta del glorioso Protec-

tor de la Iglesia, y en 1815 retornaba a Roma. Como reconocimiento de la infalible protección de la Madre de Dios y manifestar el agradecimiento de todo el orbe católico a la Virgen María, bajo su advocación de Auxilio de los Cristianos, el Papa instituyó la fiesta de María Auxiliadora en el día 24 de mayo para perpetuar el recuerdo de su entrada triunfal en Roma al volver de su cautiverio en Francia. Obispos, sacerdotes y laicos le dirigieron asimismo petición de obtener para san José un lugar de mayor distinción en la liturgia: que su nombre fuera insertado en el canon de la misa y en la colecta *A cunctis* después del de la Santísima Virgen. La Congregación de Ritos respondió negativamente.

### **Frente a la Revolución que resurge en 1830 y 1848 la Providencia inicia la era de María: Rue du Bac, La Salette, la Inmaculada y Lourdes**

**E**N 1846 moría Gregorio XVI y le sucedía Pío IX. La Revolución de 1848 le obligó a huir de Roma y refugiarse en Gaeta. Cuenta el cardenal Lambruschini que el Papa le confiaba una tarde sus angustias ante los graves males que amenazaban a la Cristiandad: Roma en poder de los revolucionarios; las guerras assolaban el norte de Italia y preparaban la ocupación de los Estados de la Iglesia, la masonería, protagonista oculta, proclamaba ya la inminente desaparición del papado; la sociedad liberal conservadora europea, tambaleante tras la reciente embestida de la revolución socialista... el Papa elevó suplicante su mirada al cielo, y al instante reaccionó como si hubiera recibido una luz especial de lo Alto que le hiciera comprender la evidencia de que tan graves males no tenían un origen natural, sino que procedían del intento de Satanás de destruir la Iglesia de Cristo que le impedía recuperar su anterior dominio sobre el género humano. Comprendió el Papa que frente al carácter preternatural de tales males sólo cabía aplicar un remedio sobrenatural, y así lo comunicó a su interlocutor: «Ya sé lo que hay que hacer: definir el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María».

Dios había dispuesto que su vicario, el beato Pío IX, supiera que «nuestra lucha no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra los soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio» (Efesios 6, 12.) Así, el 8 de diciembre de 1854 Pío IX proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepción: «declaramos, fallamos y definimos que ha sido revelado por Dios, y, por lo tanto, debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la santísima Virgen María en el pri-

mer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, y en previsión de los méritos de Jesucristo, Salvador del linaje humano, fue preservada inmune de toda mancha del pecado original». Afirmaba luego los bienes mesiánicos que confiaba llegarían tras esta proclamación: «Nos anima además firmísima esperanza y confianza absoluta de que la misma santísima Virgen que, toda hermosa e Inmaculada aplastó la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente, y trajo la salvación al mundo hará con su valiosísimo patrocinio, que, alejadas todas las dificultades, y extirpados todos los errores, la Santa Madre Iglesia católica tenga vida cada vez más vigorosa y floreciente y reine de mar a mar y del gran río hasta los confines de la tierra, y goce de completa paz, tranquilidad y libertad, y no haya más que un solo rebaño y un solo pastor».

### **Tras su plena confianza en María, Pío IX recurrir a su esposo san José para que vuelva a defender a la Iglesia**

**P**ío IX era particularmente devoto de san José, y ya en el primer año de su pontificado, el 10 de septiembre de 1847, disponía: «*desde que, por juicio impenetrable de Dios, fuimos elevados a la Suprema Sede de Pedro, movidos, ya por los ejemplos de nuestros ilustres predecesores, ya por la devoción particular al Santo Patriarca, que desde nuestra niñez nos ha animado, con placer de nuestra alma, por decreto de 10 de septiembre de 1847, hemos extendido a la Iglesia universal, con rito doble de segunda clase, la fiesta del Patrocinio.*» El 9 de junio de 1862, ante la amenaza de invasión, convocó en Roma a todos los obispos del mundo y pidió a los católicos oraciones a san José para que vuelva a defender a la Iglesia.

En la encíclica *Quanta cura* de 8 de diciembre de 1864 Pío IX denunciaba los principios anticristianos sobre los que se pretendía edificar la nueva sociedad liberal, de la que debía desaparecer la Iglesia católica. Esta encíclica llevaba como anexo un *Syllabus* o relación de ochenta proposiciones en las que se resumen los errores de nuestra época. En su última proposición, y como síntesis, Pío IX condenaba la afirmación de que: «*El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.*». La «*opinión*» ilustrada quedó consternada. Se desataron contra el Papa todas las iras del infierno, no sólo las lógicas de la masonería, sino en especial las de los católicos liberales, que, sin querer reflexionar sobre qué males entrañaría ese *progreso* y esa *civilización moderna* para merecer tan frontal condena,

precisamente cifraban su programa –y siguen cifrándolo hoy, ya abiertamente– en la conciliación y la transacción con ella.

El 22 de abril de 1866, fiesta del Patrocinio de san José, recibió Pío IX un *postulatum* con más de ciento cincuenta mil firmas, que incluía cuatro peticiones: 1ª, que se reconociera el culto a san José como de «suprema dulía» o «protodulía»; 2ª, que, en consecuencia, la fiesta del Patrocinio fuese elevada al máximo rango litúrgico de doble de primera clase con octava en la Iglesia universal; 3ª, que el nombre de san José fuera añadido a las preces de la misa inmediatamente después del de su Santísima Esposa en todas las oraciones litúrgicas; y 4ª, que en las letanías de los santos su nombre fuera antepuesto al de san Juan Bautista. La Sagrada Congregación de Ritos confió su examen a tres consultores para que dieran su voto, dos de los cuales lo dieron positivo, pero la Sagrada Congregación de Ritos prefirió no dar respuesta oficial.

### **Pío IX pone el Concilio Vaticano bajo la protección de san José**

**P**ARA atajar tantos males y defender a la Iglesia, el beato Pío IX convocó el concilio el 29 de junio de 1867, XVIII centenario del martirio de san Pedro, y recibió la inspiración de recabar urgente auxilio a san José. Para comprometerle más, propuso reconocerle oficialmente como patrono de la Iglesia y poner el Concilio bajo su protección. Lo inauguraba el 8 de diciembre de 1869. Durante su breve transcurso se presentaron distintos *postulatum* pidiendo, como en 1815 y en 1866, que san José fuera declarado patrón de la Iglesia y más especialmente honrado e invocado. El 9 de marzo de 1870 fue sometido a los padres conciliares un *postulatum* pidiendo la proclamación de san José como patrono de la Iglesia universal, firmado por 38 cardenales, entre ellos Joaquín Pecci, futuro León XIII, 218 patriarcas, 43 superiores generales de órdenes, primados, arzobispos y obispos de todas las partes del mundo e innumerables personalidades del mundo católico. El 19 de julio de 1870 estallaba la Guerra franco-prusiana y Napoleón III ordena que las tropas francesas que protegían al Papa abandonen Roma, que queda a merced de los sardo-piamonteses de Víctor Manuel II. El Concilio tuvo que interrumpirse en septiembre, y la petición no pudo ser aprobada. La desigual lucha culmina el 20 de septiembre con la toma por los piemonteses de la Puerta Pía, y el papa Pío IX, prisionero, se refugiaba en el Vaticano.

En las convulsas semanas posteriores ninguna instancia de la Curia elevó el *postulatum* al papa preso en el Vaticano, pero éste no se arredró, y ante tan desgraciada situación, dos meses y medio después, el 8 de diciembre 1870, XVI aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de su esposa, por propia iniciativa y mediante el decreto *Quemadmodum Deus*, declaraba a san José patrono de la Iglesia universal y elevaba su fiesta del 19 de marzo a rito doble de primera clase, aunque sin octava por razón de la cuaresma. «Fue éste –comentaría un siglo después Juan XXIII– un breve pero gracioso decreto *urbi et orbi*, verdaderamente *ad perpetuam rei memoriam*, que abrió un venero de riquísimas y preciosas inspiraciones a los sucesores de Pío IX».

**« Que el pueblo cristiano se acostumbre a implorar, con gran piedad y profunda confianza, a san José al mismo tiempo que a la Virgen María».**  
(Pío IX: breve *Inclytum Patriarcham*)

**M**ESSES después, en el breve *Inclytum Patriarcham*, de 7 de julio de 1871, recordando el decreto de 1870, el Papa hace ver como las persecuciones sufridas por la Iglesia en los últimos tiempos provocaron un acrecentamiento de confianza en la protección de san José. El breve comienza así:

«El ilustre Patriarca, el bienaventurado José, fue escogido por Dios prefiriéndolo a cualquier otro santo para que fuera en la tierra el castísimo y verdadero esposo de la Inmaculada Virgen María, y el padre putativo de su Hijo único. Con el fin de permitir a José que cumpliera a la perfección un encargo tan sublime, Dios lo colmó de favores absolutamente singulares, y los multiplicó abundantemente. Por eso, es justo que la Iglesia católica, ahora que José está coronado de gloria y de honor en el cielo, lo rodee de magníficas manifestaciones de culto, y que lo venerare con una íntima y afectuosa devoción».

Y con su exhortación a «que el pueblo cristiano se acostumbre a implorar, con gran piedad y profunda confianza, a san José al mismo tiempo que a la Virgen María» nos anticipa el modo como veía la devoción a san José santa Teresita del Niño Jesús:

«Pedí también a san José que fuera mi custodio. Mi devoción hacia él, desde la infancia, era una misma cosa con mi amor a la Santísima Virgen. Todos los días rezaba la oración: “¡Oh san José, Padre y Protector de las Vírgenes...”. Parecíame ir muy protegida y a cubierto de todo peligro».

# San José, patrón de la Iglesia universal

## DECRETO PARA LA CIUDAD Y PARA TODO EL ORBE

«Así como Dios había constituido gobernador de toda la tierra a José, hijo del patriarca Jacob, a fin de guardar el trigo para el pueblo, de la misma manera, llegada ya la plenitud de los tiempos en que debía enviar a la tierra a su unigénito Hijo para la salvación del mundo, escogió otro José, de quien el primero había sido figura, y le hizo príncipe y señor de su casa y posesión y custodio de sus principales tesoros, puesto que él estuvo desposado con la Inmaculada Virgen María, que por virtud del Espíritu Santo dio a luz a nuestro Señor Jesucristo, quien se dignó pasar entre los hombres por hijo de José y estarle sujeto. Así es que este afortunado José no solamente vio, sino que habló familiarmente, abrazó y besó con afecto de padre, a aquel a quien muchos reyes y profetas habían deseado ver; y con amorosa solicitud alimentó al mismo que el pueblo fiel había de recibir para alcanzar la vida eterna como pan bajado del cielo. Por razón de esta sublime dignidad que Dios confiere a este su fidelísimo siervo, la Iglesia ha tributado siempre a José los primeros honores y alabanzas después de los que se deben a la Madre de Dios, la Virgen su Esposa, así como ha acudido a su valimiento en los trabajos y angustias. Mas como en nuestros tristísimos días esta misma Iglesia perseguida de todas partes por sus enemigos, se halla agobiada bajo tan graves calamidades, que a juicio de los impíos

las puertas del infierno van por momentos a prevalecer contra ella, por esto los venerables obispos de todo el orbe católico presentaron al Soberano Pontífice sus ruegos, y los de los fieles confiados a su solicitud pastoral. con los que le suplicaban se dignase declarar a san José patrón de la Iglesia católica. Posteriormente, habiendo sido renovadas estas mismas súplicas y votos con la ocasión del sacrosanto ecuménico Concilio Vaticano, conmovido nuestro Santísimo Padre el papa Pío IX por los recientes y lamentables acontecimientos, ha determinado secundar las aspiraciones y los deseos de los preladados, para confiarse de este modo a sí mismo y a todos los fieles al poderosísimo patrocinio de san José, y en su consecuencia le ha solemnemente declarado PATRÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA, mandando que se celebrara en adelante su fiesta, que cae el 19 de marzo, con rito doble de primera clase, aunque sin octava, por razón de la Cuaresma. Ha dispuesto, además, que se publicara esta declaración por el presente decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, en este día consagrado a la Inmaculada Virgen Madre de Dios, y Esposa del castísimo san José. No pudiendo servir de obstáculo ninguna cosa en contrario. — Día 8 de diciembre de 1870. — C. obispo de Ostia y Velletri, cardenal Patrizi, prefecto de la S. C. de R. — D. Bartolini, secretario de la S. C. de R.»



# En la festividad de san José\*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

LA fecha del 19 de marzo, que desde hace algunos siglos mantiene la presencia de san José en el calendario católico, nos invita siempre a reflexionar sobre el arraigo creciente, en la conciencia cristiana y en el sentimiento del Pueblo de Dios, de la imagen del esposo de María y «padre» de Jesús.

Se ha hecho un tópico recientemente la afirmación de que tenemos, en los textos evangélicos, pocos datos sobre san José. No entremos, sin embargo, en discusiones y constatemos algunas de las certezas que de la lectura de los Evangelios resultan. Comencemos por notar que el nacimiento en Belén del Hijo de Dios se debe a la inscripción en el censo, por parte de José, que la realiza en la ciudad de David, Belén, de quien él se sabía descendiente. Es cierto que, en el Evangelio, la constatación de la descendencia davídica de José se relaciona esencialmente con la mesianidad de Jesús, en quien se cumplen las profecías hechas al patriarca David: la filiación davídica de Jesús se relaciona con la de José; el nombre de «hijo de David» sólo se dice de dos personas en el Evangelio: de Jesús y de José, su padre.

Pensemos seguidamente que José es encargado divinamente, por ministerio angélico, de poner el nombre al Hijo que María ha concebido por obra del Espíritu Santo, el nombre de Jesús, es decir, «el Salvador del pueblo de sus pecados»: «José, Hijo de David, no temas recibir contigo a María como tu esposa, porque ella dará a luz un Hijo engendrado por obra del Espíritu Santo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará al pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21).

El cumplimiento de este mandato de poner el nombre que significa, precisamente, «el encargado de la salvación del pueblo» lo encontramos referido por el evangelista Lucas al notar que: «Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno» (Lc 2,21). Ya sabemos que el encargado de circuncidarle y darle el nombre no es otro que José.

También una aparición en sueños de un ángel del Señor manda a José huir a Egipto: «El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al Niño para matarle”. Él se levantó, tomó

de noche al Niño y a su Madre y se retiró a Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,13-15). Pero también un mandato divino es el que lleva a José a ir a Nazaret, cumpliendo así la profecía:

«Muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo a José en sueños y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre y ponte en camino hacia la tierra de Israel”. Él se levantó, tomó consigo al Niño y a su Madre y entró en tierra de Israel, pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliese el oráculo de los profetas: “Será llamado Nazareno”» (Mt 2,19-23).

En esta serie coherente e insistente de pasajes evangélicos que muestran a José como el que recibe de parte de Dios, por caminos extraordinarios de apariciones angélicas, las advertencias que han de salvar al Niño de las persecuciones y que señalan los rumbos de la vida del Señor (que ya no vuelve a Belén, donde nació, en la Judea, sino que va a vivir a Galilea, en Nazaret) aparece siempre José como el que recibe el encargo divino de organizar la vida de Jesús, y sobre María, cuya obediencia a José en cumplir las órdenes divinas brilla por el hecho de no tener que ser nunca citada como si tomase iniciativas, destaca por lo mismo la autoridad patriarcal de José.

José vuelve a aparecer, esta vez unido a María y con una actitud expresamente de unidad de sentimientos y criterios con ella, en la pérdida del Niño en el Templo y cuando María y José, al hallarlo, le interrogan por qué se ha portado así con ellos. Es María la que dice: «¿No sabías que tu padre y yo te buscábamos con dolor?». Los textos de san Mateo hasta aquí citados expresan un total protagonismo y responsabilidad de José, mientras María se muestra como de una total y pasiva obediencia a su esposo.

Otros pasajes de Lucas, referentes a la presentación de Jesús en el Templo, o al episodio, ya cumplidos los doce años por el Niño, de la pérdida de éste (que es hallado después entre los maestros de la Ley), vienen a mostrar una nueva etapa en la vida de Jesús en que su Madre tiene ya una comprensión del Niño, y se aprecia una evolución, allí mismo aludida, del crecimiento en edad y en gracia de Jesús, el Hijo de Dios encarnado: «Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley del Señor» (Lc 2,22).

\* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 908, de marzo de 2007.

«He aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidó por el Espíritu vino al Templo y cuando los padres introdujeron al Niño Jesús para cumplir lo que la Ley prescribía sobre Él, le tomó en brazos y bendijo al Señor, diciendo (...)» (Lc 2,25-28). Y en los versículos 29 a 32 el evangelista inserta el himno de acción de gracias que conocemos como *Nunc dimittis*.

El evangelista narra después que «su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de Él». Simeón los bendijo, y dijo a María, su Madre: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2,33-35). Vemos en esta escena una actitud compartida por los dos esposos, aunque finalmente la profecía de Simeón se dirige en concreto a María porque, al parecer, profetiza su presencia en la Pasión de su Hijo y en su muerte en la cruz. Probablemente, la ausencia de José es de fácil explicación y daría razón también de que Jesús, al morir, confíe a su Madre al Apóstol amado, Juan: José había muerto, no sabemos cuándo pero ciertamente antes de los acontecimientos de la Pasión.

El primero de los episodios de Lucas concluye con la cita de la profecía de Ana que nota el evangelista «que hablaba del Niño a todos los que esperaban la Redención» (Lc 2,34). Sigamos leyendo al evangelista Lucas en un importantísimo conjunto de textos sobre Jesús Niño y sus padres:

«Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El Niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre Él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos, como de costumbre, a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el Niño se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca, y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos y su Madre le dijo: «¿Por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Él les dijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabías que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Y bajó con ellos, y vino a Nazaret, y vivió sujeto a ellos. Su Madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en

estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,19-32).

El contraste absoluto que ofrece la escena del Niño Jesús perdido en el Templo, narrado en el evangelio de san Lucas, con el milagro de las Bodas de Caná, en que el protagonismo de María es tan decisivo y exclusivo que la narración evangélica de Juan comienza notando que «Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la Madre de Jesús. Fue también llamado Jesús con sus discípulos.» (Jn 2,1-3), sería coherente con la opinión de los exegetas que han afirmado la muerte de san José antes del comienzo de la vida pública del Señor.

Parece que este período duró algunos años, y no es cierto que en el Evangelio no tengamos dato alguno sobre el mismo, o sobre la presencia de José en la vida de Cristo. Mientras algún evangelista, como Marcos, llama a Jesús «el carpintero» y «el hijo de María» (Mc 6,3), otros le llaman «hijo del carpintero» (Mt 13,55) o «hijo de José» (Lc 4,22). Esta misma diversidad terminológica sugiere no sólo la convivencia del padre José con la esposa María y el hijo Jesús, sino la colaboración en la tarea artesana del taller de José. Es digno de ser meditado que los textos evangélicos sugieren como muy probable, prácticamente como cierto, que entre la muerte de José y el comienzo de la vida pública del Señor se dio una situación cuya longitud cronológica no podemos medir, pero suficiente para que Jesús fuese conocido no sólo como «el hijo de José, el carpintero», sino propiamente como «el carpintero»: es decir, el Verbo encarnado ejercería la actividad artesana en el que había sido el taller de José.

Algún biógrafo eminente de san José afirma que José murió cuando había cumplido totalmente la misión, divinamente encomendada, de custodia paterno del Hijo del Hombre, es decir, del Hijo de Dios encarnado. Por tanto, la muerte de José, precisamente por su indefinición cronológica, es un hecho que nos invita a la meditación. Es el momento éste de decir algunas cosas que pensamos poco y que, por lo mismo, nos llevan, por esta ausencia nuestra de reflexión, a la incompreensión de aquel que santa Teresa de Jesús ponderaba como «intercesor eminente» por haber sido, en la tierra, el que había regido a Cristo en su vida temporal, y a quien la Iglesia contemporánea ha reconocido como «padre y protector del Pueblo de Dios y, por ello, patrono del Concilio ecuménico Vaticano II».

San José, que no creyó en la divinidad de su Hijo porque oyese esta predicación en los Apóstoles de Cristo, sino que la creyó por su docilidad obediente a las inspiraciones divinas transmitidas por los ángeles, no entró en la Iglesia de Cristo por la recepción del Bautismo. Ubertino de Casale afirma que san José pertenece al Antiguo Testamento, lo cual está en él dicho con intención profunda y verdadera, pero no es una afirmación precisa y oportuna. José, que con María cumple una misión de introducir en el mundo

al Hijo de Dios Salvador, y a quien le fue confiado por Dios, por ministerio angélico, dar a Jesús este nombre referente a la salvación del pueblo de Israel y de toda la humanidad de sus pecados, tiene una fe cuyo origen y sentido es superior al de quienes entramos en la Iglesia por haber aceptado la predicación apostólica, es decir, de los enviados de Jesús. A José, como a María, es el mismo Dios quien les confía precisamente una actividad paterna de dar a la humanidad al mismo Verbo que se ha hecho carne y que ha habitado entre nosotros por la acción obediente por la que dan cumplimiento al designio divino de la Encarnación redentora.

En algunos momentos del desarrollo progresivo de la devoción a san José en la Iglesia, no faltan, en algunos autores muy fervorosos, atisbos de desconcierto por la falta de actividad apostólica y de misión apostólica del patriarca José. Su misión no era anunciar a los hombres la venida al mundo del Hijo de Dios, sino el servicio doméstico y cotidiano a esta venida. Es mucha la grandeza de esta misión que el patriarca José cumple por su pertenencia al orden hipostático, y que providencialmente dispuso Dios que se realizara en Nazaret de Galilea y con la sencillez y pequeñez que tantas veces sorprendió a sus contemporáneos y tantas veces ha quedado incomprendida entre quienes han creído en la divinidad de Cristo pero no han sentido el mensaje exigente de la infancia espiritual.

No deja de ser significativo que la santa doctora de la Iglesia Teresita del Niño Jesús afirmase que desde su infancia en ella se habían confundido la devoción a san José con la devoción a la Santísima Virgen. Esta afirmación nos resultará desconcertante siempre que la excelencia y dignidad de María en el orden de la santidad queramos juzgarla al modo de una excelencia humana y no se centre nuestra meditación en la pequeñez evangélicamente infantil de María y de José, que fue comprendida íntimamente por sus más grandes devotos. Sólo podremos participar de aquella misteriosa e iluminadora «confusión» de que habla Teresa de Lisieux si sabemos ver en María y en José el ejemplo más excelente de aquella infancia espiritual sin la que no podríamos entrar en el Reino de los cielos. ¿Quién podría dudar de que la Reina del universo, la Madre de Dios, nos muestra el ejemplo más decisivo de aquella infancia espiritual que Jesús afirmó como condición indispensable para la entrada en el Reino de los Cielos? ¿Y quién podría dudar de que el santo que más compartiera esta infancia y más se asemejó a María, «la esclava del Señor», fue el Patriarca silencioso y obediente a quien le bastaba tener la certeza de la voluntad de Dios para ponerse activamente a cumplirla?

La lectura de los evangelios de Mateo y Lucas (e

incluso la de Marcos, que no menciona nunca directamente a José, sino que le llama «esposo de María» pero que llama a Jesús «el carpintero») nos sugiere, pues, tres relaciones del patriarca José con la vida de Jesús, el Salvador de Israel y del mundo:

En la primera, José recibe por encargo divino toda la responsabilidad de introducir en el mundo a Jesús, «el Hijo de David», «el Salvador del pueblo de sus pecados». Por él nace en Belén, la ciudad de David, el Mesías y, después de defenderle en la huida a Egipto, por él va a ser Jesús el Nazareno.

En una segunda etapa, que abarca primero la infancia y después la vida oculta del Señor, la acción de José es siempre inseparable de María y luego José y Jesús colaboran en algo tan humano y cotidiano como el trabajo de un taller. El mismo Jesús es llamado primero «el hijo del carpintero» y finalmente «el carpintero». La presencia de José en lo que podríamos llamar inculturación rural y doméstica del Hijo de Dios es la de un padre de familia que la sustenta con su trabajo en un modesto taller.

Vemos, pues, una tercera etapa en que no destaca siempre la acción conjunta de María y José, sino la responsabilidad paterna en el trabajo por la que el Patriarca sustenta a su esposa y a su Hijo. Estamos en la fase silenciosa y sin acontecimientos visibles de la vida de José en la Sagrada Familia de Nazaret.

Estas tres distintas relaciones las ha vivido el pueblo cristiano en las escenas contempladas en nuestros belenes. En la primera infancia de Jesús, después en el recuerdo del Niño Jesús en el Templo (reencuentro por Jesús y María) y, finalmente, en la presencia, en la vida de familia, del trabajo artesano iniciado por José y, al parecer, heredado por Jesús. No sabemos por cuánto tiempo, como no sabemos el tiempo que medió entre la muerte de José y el comienzo de la vida pública del Señor, en la que está ya presente María, que toma la iniciativa del primer milagro, la conversión del agua en vino en las Bodas de Caná.

No hallamos ya a José en ningún momento de la Pasión del Señor, pero no quiero silenciar que muchos y grandes y autorizados escritores eclesiásticos y teólogos hablan de José como resucitado al tiempo de la Resurrección de Jesucristo para estar ya siempre presente, en cuerpo y alma, ascendido a los cielos. Recordemos que Suárez afirma que los que esto opinan no pueden ser acusados de opinión aventurada e infundada, sino de verosímil y coherente con la Providencia divina, coherente con que la Iglesia confíe en la autoridad de José en la vida eterna, continuadora de la que tuvo sobre el Hijo encarnado en la tierra, como lo vio santa Teresa, y su protección patriarcal sobre la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, como la sintió Juan XXIII al designar a José como patrono del Concilio Vaticano II.

# La protección de san José\*

JOSÉ M.<sup>a</sup> PETIT SULLÁ (†)

**A** propósito de la beatificación del papa Juan XXIII –cuyo nombre de pila era Ángel José– se ha recordado la particular devoción que sentía por san José, que ya era, desde Pío IX, patrono de la Iglesia universal. Y Juan XXIII, como es bien sabido, era un hombre de Iglesia. Dos fueron los actos más importantes a destacar en relación con esta devoción. El 19 de marzo de 1961 lo proclamó patrono del Concilio Vaticano II y por decreto de 13 de noviembre de 1962 mandó que se incluyera su nombre, después del de la Virgen Santísima, en el canon de la misa de tan venerable antigüedad. Quiso Juan XXIII dejar un recuerdo perenne de ambos acontecimientos y para ello mandó construir un mosaico que realizara el altar de san José en la basílica de San Pedro del Vaticano, pues pensaba el Papa que el Protector de la Iglesia universal bien merecía un lugar más honrado y destacado.

Las alocuciones, discursos, radiomensajes, homilías, mensajes y cartas, e incluso gestos, en honor de san José fueron de enorme densidad en los pocos años de su pontificado. Entre estos gestos, significativos de su tradicional y profunda piedad josefina, pueden citarse el mandar un cirio a todas las parroquias de Roma para que ardiera en honor de san José pidiendo su protección por el buen éxito del Concilio o el enviar un anillo papal al santuario de San José de Kalisz (Polonia) en agradecimiento por las oraciones de los polacos por el buen éxito del Concilio (el anillo fue puesto en la milagrosa imagen de san José por monseñor Antoni Pawlowski, obispo de Włocławek).

Puede decirse, sin ninguna duda, que Juan XXIII fue el papa más devoto del santo Patriarca, en toda la historia de la Iglesia.

Nuestra revista CRISTIANDAD, uniéndose a otras instituciones barcelonesas, ha firmado una solicitud dirigida al prefecto de la Congregación del Culto Di-

\* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm.837-838, de marzo-abril de 2001.

vino pidiendo que la invocación a san José se incluya en todos los nuevos cánones que, desde el Concilio, han sido oficialmente aceptados y de esta manera el nombre de José sea restablecido en el lugar en el que mandó que permaneciera perennemente el papa Juan XXIII.

Una sola reflexión podemos hacer ahora de forma sintética. En san José, la Iglesia –y en ella y con ella– todos los fieles encuentran el modelo y la protección de su misión salvadora. El silencio de san José es llenado de contenido por sus obras de fe y obediencia. Este silencio ejemplar que permite obrar en él el plan divino es indeformable e insustituible. En san José –junto a su inmaculada y virginal esposa– hallamos la cumbre de la fe manifestada en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

La excelencia de gracia en la Iglesia, que es una comunidad convocada por Dios, tiene siempre una dimensión misionera. Por ello, el tesoro divino, que guarda y reparte con abundancia san José, forma parte integrante de la elección por parte de Dios en la economía de la salvación para la Iglesia, de modo particular, en el mundo actual.

Desde lo más interior, la vida espiritual de cada cristiano y de cada familia y de cada comunidad, hasta lo más multitudinario y social, todo está puesto bajo la advocación protectora de san José.

No se trata sólo de que san José sea patrono de muchas y diversas obras y acontecimientos eclesiales. Ello es la consecuencia de que su papel esencial en la economía de la salvación es la de ser el protector por excelencia y, digámoslo claramente, por una analogía y continuidad con el único plan divino –que tanto León XIII como santa Teresa manifestaron expresamente–, san José sigue de protector en la Iglesia por haberlo sido de la Familia de Nazaret. Y en este papel, el esposo de María ha de ser visto como imagen verdadera de la paternidad y omnipotencia de Dios Padre. Tal es la grandeza de san José que manifiesta con exuberante gozo su paternal y efectiva protección sobre todos y sobre todo.

Este patrocinio debe ser invocado y todavía es necesario a la Iglesia no sólo como defensa contra los peligros que surgen, sino también y sobre todo como aliento en su renovado empeño de evangelización en el mundo y de reevangelización en aquellos «países y naciones, en los que –como he escrito en la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*– la religión y la vida cristiana fueron florecientes y» que «están ahora sometidos a dura prueba». Para llevar el primer anuncio de Cristo y para volver a llevarlo allí donde está descuidado u olvidado, la Iglesia tiene necesidad de un especial «poder desde lo Alto» (cf. Lc 24, 49; Act 1, 8), don ciertamente del Espíritu del Señor, no desligado de la intercesión y del ejemplo de sus santos.

JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Redemptoris custos*

# Et exaltabit humiles...

## Breves reflexiones sobre la fe de los humildes y la humildad de la fe

JUAN ANTONIO MATEO, Pbro.

**E**N nuestro camino de la vida una de las gracias más grandes que podemos recibir es la presencia y compañía de estas personas buenas, discretas, sencillas, que hacen el bien sin hacer ruido... Son los humildes. No hay duda que el mundo va adelante, los pueblos progresan, las familias se sostienen gracias a la presencia discreta pero eficaz de aquellos que hacen en todo momento lo que tienen que hacer, la voluntad de Dios.

En mi experiencia como sacerdote recuerdo como a menudo he quedado profundamente edificado por estas personas que Dios ha puesto como una gracia en mi camino. A menudo, hablando con estas personas que procuran pasar del modo más inadvertido posible, encuentras auténticos tesoros. Aquella anciana que cada día, todo el año, está en aquel banco de la iglesia asistiendo a la santa misa, aquellos padres que te confían que rezan por su hijo que los hace sufrir, aquel enfermo que visitas y te manifiesta una fe y fortaleza admirables, aquel labrador que hace plegaria mientras siembra la semilla, aquel joven que en la confesión te muestra un corazón que anhela amar y servir al Señor y manifiesta una sublime delicadeza de conciencia... Sólo hay que observar con atención y las encontraremos. Desgraciadamente, el mundo busca el brillo del escaparate y la vanidad imperante en nuestra cultura priva de descubrir estos tesoros. Y, aun así, con las personas con quienes realmente nos encontramos bien en la vida son precisamente éstas, las personas con quienes podemos contar en cada momento.

Bien lo canta el poeta:

*Oh, cors humils en la pobresa  
que, de tothom desconeguts,  
dins una santa senzillesa  
desconeixeu vostres virtuts!*

*La gent que lluu i més s'agita  
bé vos trepitja indiferent,  
com fa pel camp on no sospita  
ocultes mines d'or i argent.*

(Miquel Costa i Llobera, *Als humils*)

La fe, que supone aceptar la presencia y el designio salvador de Dios en nuestra vida, y que acontece en el encuentro personal con Jesucristo, implica como



condición *sine qua non* la humildad. Sin humildad no puede haber fe. Humildad que indica en primer lugar realismo: conciencia de la propia incapacidad para salvarse, conciencia de los límites y de la finitud. ¿Quién es humilde? Aquel que tiene el sentido de la realidad, aquel que conoce y acepta la verdad.

La humildad consiste esencialmente en la conciencia del puesto que ocupamos frente a Dios y frente a los hombres, y en la sabia moderación de nuestros deseos de gloria. Nada tiene que ver la humildad con la timidez, la pusilanimidad o la mediocridad. La humildad no nos impide tener conciencia de los talentos recibidos pero nos ayuda a no engreírnos y a reconocerlos como recibidos del Señor. La persona humilde es la que sabe que todo lo bueno procede de Dios. Reconocimiento y gratitud adornan el corazón humilde.

Conocida es la genial definición que santa Teresa de Jesús dio de la humildad: «Humildad no es otra cosa que andar en la verdad». No olvidemos que «humildad» viene de *humus*, es decir, tierra. Humilde es aquel que toca de pies a tierra y que, por lo tanto, sabe que sin Dios no es nada. Lo decía acertadamente aquella inscripción que algún hombre humilde y creyente hizo grabar en un reloj de sol: «Yo sin sol y tú sin fe, no somos nada».

Probablemente todos nosotros, en nuestro camino de fe, identificaríamos sin dificultad aquellas personas buenas y sencillas, que no quiere decir iletradas o incultas, gracias a las cuales nosotros también hemos

progresado en este camino de fe y de salvación. Recuerdo el testimonio de un conocido filósofo alemán que, preguntado ya en edad avanzada sobre si su fe era «más adulta» respondió: mi fe, a mis ochenta años es exactamente la misma que profesaba de niño cuando pronunciaba el credo en mi primera comunión.

Las personas humildes, quizás a veces pueden ser poco versadas en «ciencia» pero son expertas en sabiduría. Recuerdo una vez una discusión con un experto en química que me argumentaba diciendo que él había hecho una carrera, que sabía mucho y que era incompatible ser científico y creyente. Le dije: «Mire, la universidad quizás le ha dado mucha ciencia, pero no necesariamente sabiduría». Después le comenté si conocía un gran químico de reconocido prestigio. Casi se me ofendió: «¡Cómo no voy a conocer a esta eminencia en mi ciencia!». «De acuerdo –le dije–, sepa que esta persona, además de ser un gran científico también es un gran creyente y no por ser creyente deja de ser buen científico». Pronto se acabó la conversación. Dios resiste los soberbios.

Santo Tomás de Aquino no duda en afirmar que la soberbia es «raíz y madre» de todos los pecados, incluso los capitales, y el mayor obstáculo que el hombre puede poner a Dios.

El beato Juan Pablo II enseñaba sobre la humildad: «Es rechazo de las apariencias y de la superficialidad; es la expresión de la profundidad del espíritu humano; es condición de su grandeza» (4 de marzo de 1979). Somos humildes cuando nos vaciamos de nosotros mismos y dejamos que Dios obre con su gracia. Por esto el Señor se complace en los humildes y los llena de bienes. La humildad es uno de los pilares de toda auténtica personalidad humana y cristiana. Está en la base de todas las virtudes y, sin ella, ninguna otra existe. Su relación con la caridad es clara: sólo en la medida que nos olvidamos de nosotros mismos (en su justo sentido), podemos preocuparnos de los demás. No es difícil admitir que en la causa de tantas faltas de caridad encontramos vanidad, orgullo, deseos inmoderados de destacar... Decía san Francisco de Sales que «humildad y caridad son las virtudes madres; las otras las siguen como polluelos a su clueca».

En el camino de la vida y en el camino de la fe, las mejores compañías, las más útiles y entrañables, no acostumbran a ser precisamente la gente hinchada y autosuficiente. Todo lo contrario: la gente buena, humilde, sencilla, la gente que te quiere y te ayuda a crecer como persona y como creyente.

Con la humildad aparecen tantas virtudes. Las personas humildes son alegres, obedientes, castas, con gran capacidad de comprensión, afables, dispuestas a recomenzar siempre; son personas con paz interior que saben transmitir y con una gran sabiduría, propia

de aquel que siempre sabe reconducir toda la realidad a Dios.

Jesús irrumpe en un himno de júbilo alabando al Padre celestial que se complace en dar a conocer los misterios del Reino de Dios a los humildes y sencillos y no a los sabios y entendidos del mundo.

Jesús, humilde y manso de corazón por excelencia, exulta porque el Padre se complace a darse a conocer a los humildes. Es fácil constatar como el Evangelio se abre camino en la historia de manera fuerte y vigorosa entre aquellas personas que no se consideran autosuficientes y no ponen la confianza en aquello en que el mundo suele poner la confianza. Es entre los más pequeños donde el Señor hace las más grandes maravillas. San Pablo proclamaba que a Dios le ha complacido escoger aquellos que poco cuentan a los ojos del mundo para confundir a los poderosos del mundo. Celsus, escritor pagano encendido de odio por los cristianos, ironizaba sobre el hecho de que la nueva religión se iba extendiendo en las clases más bajas del Imperio y era indigna de la gente instruida. Curiosamente, hoy, en la India, donde el cristianismo se abre vigorosamente camino en medio de persecuciones y grandes dificultades, se constata que más del ochenta por ciento de los nuevos creyentes forman parte de los *dalits*, es decir, aquellos que se sitúan en la parte más baja del injusto sistema de castas que marca la población.

Me decía hace poco un reconocido teólogo que ha participado en los trabajos del Sínodo por la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana que allá donde tienen más dificultades los misioneros es en aquellas sociedades que se autodenominan «bienestantes». Lo sabemos muy bien por experiencia en nuestro Occidente: Tanta gente embriagada de materialismo, de dinero, de sexo, con afán de poder y dominio y con el corazón y la mente embotados para recibir la verdad que salva en la fe. Hará falta una cura de humildad para disponer los corazones y sin duda la crisis que estamos viviendo va por este camino. Lástima que no se actúe con inteligencia y la gente tarde en darse cuenta que hay que cambiar. Cuando la conversión no se hace a tiempo y de corazón, después la medicina será más amarga, pero en definitiva, medicina.

La Nueva Evangelización con el anuncio renovado de la fe cristiana en nuestro mundo progresará sin duda gracias al testimonio de la fe de los humildes, de la fe vivida con gozo y sencillez por parte de tantas personas que ponen en el Señor toda su confianza y que, casi sin darse cuenta, como si se tratara de una flor que irradia su belleza y esparce su perfume, difunden por el mundo el suave olor de Cristo y así purifican nuestro siglo. Es el rastro y la transformación positiva que advertimos allí donde pasan los santos. Es importante recordarlo en nuestro momento histórico.

El pasado día 1 de enero, festividad de Santa María Madre de Dios, fallecía M.<sup>a</sup> José Lasheras Rodríguez tras una larga enfermedad, habiendo recibido todos los auxilios espirituales, e incluso la Santa Misa, poco antes de morir.

Esposa de Ignacio Azcoaga Bengoechea, ambos formaron una familia con una especial devoción al Corazón de Jesús, que supieron transmitir a sus hijos.

Miembro de Schola Cordis Iesu de San Sebastián desde hacía más de cuarenta años, trabajó siempre con ilusión y dedicación en las tareas de nuestra Schola, como eran catequesis, peregrinaciones, preparación de obras de teatro, etc. También colaboraba en otras actividades apostólicas y parroquiales.

El funeral tuvo lugar en la catedral del Buen Pastor repleta de fieles y presidiendo la Santa Misa su hijo sacerdote Ignacio, que concelebró junto a más de cuarenta sacerdotes.

Al igual que su marido Ignacio, M.<sup>a</sup> José Lasheras fue colaboradora de nuestra revista CRISTIANDAD dejándonos artículos que debemos recordar. De uno de ellos adjuntamos un fragmento.

Rogamos a Dios por el alma de M.<sup>a</sup> José y pedimos al Señor que consuele a su esposo Ignacio y a sus hijos Ignacio, José María y Lourdes como sólo Él sabe hacerlo.

En este mes de marzo, nada más oportuno que reproducir un fragmento de uno de los artículos que M.<sup>a</sup> José publicó en nuestra revista, dedicado al santo Esposo de la Virgen María (marzo de 2008):

### José, padre de Jesús

El matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. José fue elegido esposo de María por Dios para asegurar la protección paterna a Jesús. De esto se deduce que el matrimonio con María sitúa a José lo más cerca posible de Jesús, término de toda elección y predestinación, lo une de forma especial al misterio de la Encarnación de una manera como ninguna otra criatura, fuera de la Virgen María, ha estado unida. Además, la paternidad de José pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia.

De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. «¿Por qué –se pregunta san Agustín– no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María? (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el marido. *No temas, dice, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo.* Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. *Ella, añade, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.* La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: *es obra del Espíritu Santo.* Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no ha-

ber concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo *padre de Cristo*».<sup>1</sup>

*El hijo de María* es también *hijo de José* en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel *ambos* merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, *ambos por medio de la mente*, no de la carne».<sup>2</sup>

Y en el episodio de Jesús perdido y hallado en el Templo el evangelista Lucas narra cómo la Virgen María llama a José padre de Jesucristo. En efecto, leemos en el Evangelio: «Al cabo de tres días, *lo encontraron en el Templo* sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas». María le pregunta: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? *Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando*». La respuesta de Jesús fue tal que «ellos no comprendieron». Él les había dicho: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que *yo debía ocuparme en las cosas de mi Padre?*».

Es la teología de la justicia infundida en los hombres redimidos por el Espíritu Santo de Dios la que permite a san Agustín iluminar la paternidad de José: «Apoyándose en la justicia de ambos, el Espíritu Santo dio a ambos un Hijo».<sup>3</sup>

2. Íbid., núm. 20.

3. FRANCISCO CANALS VIDAL: *San José en la fe de la Iglesia*, Madrid, BAC, 2007, pág. 9.

1. JUAN PABLO II: exhortación apostólica *Redemptoris custos*, núm. 7.



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Una historia de conversión

Gilbert Keith Chesterton MARÍA DOLORES BARROSO

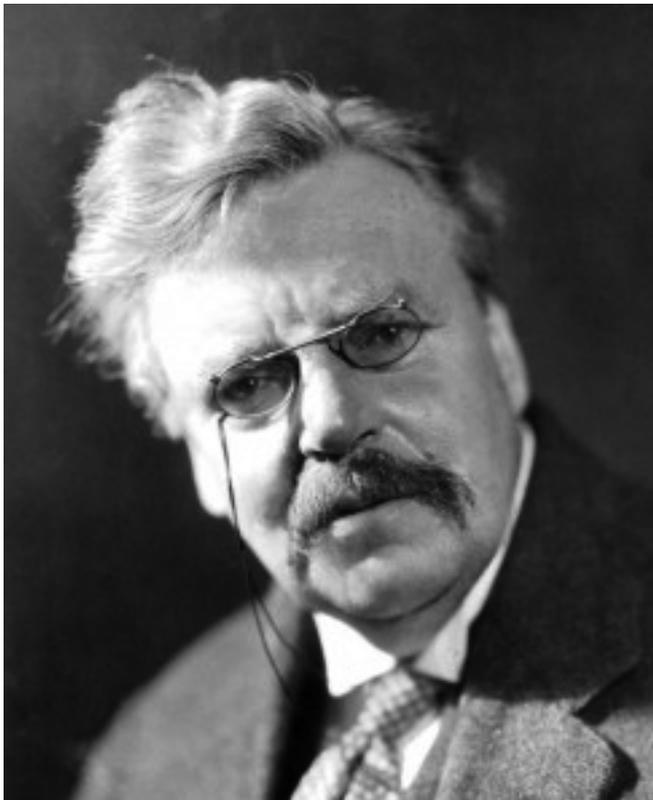
Gilbert Keith Chesterton, nació en 1874 en Campdell Hill, lugar en el que transcurrió su infancia. Estos primeros años, reflejan la actitud de Chesterton ante el mundo y la realidad que le caracterizaron durante toda su vida y que le guiaron hacia el encuentro con Cristo.

Así explica este recorrido Joseph Pierce:<sup>1</sup> «Chesterton nos presenta el viaje de su vida en un microcosmos: el estirón inicial en contra de la Iglesia, el tirón que notó hacia ella a continuación, el afán de ecuanimidad que desembocó en primer lugar en afecto y con el tiempo en un gran amor, claro está; la primera y lo más evidente fue lo que vivió con Frances, su mujer; no obstante, amó también a su hermano Cecil y a sus grandes amigos, Belloc y Shaw. Con todo y con eso, esos amores desempeñaron solamente un papel secundario en su gran historia de amor con Cristo». Él mismo, refiriéndose a su niñez explica: «no he perdido nunca el sentimiento de que ésta era mi vida real; el principio verdadero de lo que hubiera debido ser una vida más real», una actitud de admiración, de infantil fascinación ante la vida, que le llevaron a conocer profundamente la realidad, y a vivir desde el agradecimiento y la humildad todos los acontecimientos.

Sus primeros recuerdos revelan esta actitud: «Ni siquiera empezamos a considerar la cuestión de por qué yo era tan feliz. ¿Por qué el hecho de mirar por un agujero cuadrado de cartón amarillo, puede transportar a alguien al séptimo cielo de la felicidad, en cualquier momento de la vida?». <sup>2</sup> Se estaba refiriendo a «la primera escena a la que se abrieron sus ojos», un teatro de juguete construido por su padre. Sus padres lo bautizaron en la Iglesia anglicana siguiendo más un criterio de posición social que espiritual, pues no se sentían muy ligados a ella. Pero a pesar del ambiente generalizado de agnosticismo que le rodeaba, Chesterton fue guardando en la memoria hechos que influyeron posteriormente en su conversión. Conoció a san Fran-

cisco de Asís en una historia que le leyeron sus padres, del cual luego escribió una biografía. A través de los relatos de Navidad de Dickens recuerda su amor a la Navidad «antes de creer en Cristo...» y así refiere que «desde mi más tierna edad quería a la Santísima Virgen y a la Sagrada Familia, gracias a Belén y a la historia de Nazaret». <sup>3</sup> Incluso en dibujos que realizó entre los siete y los ocho años, aparece Cristo crucificado.

A pesar de esta infancia tranquila, (excepcionalmente la muerte de su hermana), le siguieron años de dudas e inquietud: «la época de la juventud está llena de dudas, morbos y tentaciones...que ha dejado en mi mente, para siempre, la certeza de la solidez objetiva del pecado», en *Ortodoxia*, dijo de sí mismo que «a la edad de doce años, era yo un poco pagano y, a los dieciséis, un agnóstico hecho y derecho». Lo describe así porque fue una etapa de continua búsqueda sin encontrar sentido a la vida. Con esto, dos años más tarde, se sintió atraído por el espiritismo que finalmente abandonó «porque le producían dolores de cabeza», o como el padre O'Connor, «diagnosticó» «el comienzo de la desesperación». Durante estos años esta confusión también se vio reflejada en su formación. Pero Chesterton no perdió de vista los recuerdos y las imágenes de su infancia, pues como dice Joseph Pearce «cuando se acordó de la felicidad de la niñez, olvidó la desesperación; había recordado la realidad y se sentía agradecido por ello». <sup>4</sup> Así, a pesar del escepticismo de su época, el sentimiento de esperanza renació en Chesterton para llevarle al deseo de escribir contra el pesimismo que impregnaba toda la cultura. «La mera existencia, reducida a sus límites primarios, era lo bastante extraordinaria como para ser emocionante. Cualquier cosa era magnífica comparada con la nada...». Pero durante estos tiempos de gratitud permaneció la desconfianza en la Iglesia y un prejuicioso anticlericalismo <sup>5</sup> que aun así, no



hizo disminuir su amor hacia la Santísima Virgen.<sup>6</sup>

El inicio del noviazgo con Frances y su matrimonio (1901) hicieron que su fe se fuese fortaleciendo año tras año.<sup>7</sup> Frances y Gilbert en sus escritos muestran la gran admiración que sentían el uno por el otro. Pero lo que mejor define a Frances, es la frase que escribe sobre ella Pearce al decir que «Frances era el profundo silencio en el cual él encontraba paz». Casi al mismo tiempo que se casa con Frances, Chesterton inicia una relación de amistad con Belloc (parece que en 1900), que duraría toda la vida y que empujaría con fuerza el amor incipiente a la Iglesia católica. Así, en Nochebuena de ese año, acompañó a Hilaire y Elodie Belloc a la misa del gallo. Y aunque parezca sorprendente, en determinados momentos Chesterton llegó a ser el faro para Belloc en épocas de oscuridad.

En agosto de 1902, tuvo la primera controversia pública sobre religión con Clifford, en la cual ya se vislumbraban asuntos relevantes y la influencia de su amistad con Belloc y Noel. Así, cuando Blatchford, en el *Daily News* le preguntó que si era cristiano contestó: «ciertamente». Los motivos los refiere en la *Autobiografía*: «Fue el determinismo el que proclamó a voz en grito que yo no era responsable. Y puesto que prefiero que me traten como a un ser responsable y no como a un lunático que anda suelto, empecé a buscar a mi alrededor un refugio espiritual que no fuera simplemente un refugio de locos». Fue en esa época cuando empezó a reflexionar

sobre el paganismo, «la autoafirmación del hombre moderno» y confirmar la importancia de la humildad, que le llevó a la admiración ante *el misterio de la Encarnación*:<sup>8</sup> lo refleja al hablar de dos santos que tuvieron gran influencia en él, santo Tomás y san Francisco de Asís: «Tanto en él (se refiere a santo Tomás) como en san Francisco hay un elemento práctico preliminar que es más bien moral: una especie de humildad buena y sincera... si san Francisco fue como aquel asno común...santo Tomás, que fue de hecho comparado a un buey, más bien semeja aquel monstruo apocalíptico de misterio casi asirio, el buey alado... debemos evitar que el contraste eclipse lo que fue común, que ninguno de los dos hubiera sido tan orgulloso que no esperase tan pacientemente como el buey y el asno en el establo de Belén».<sup>9</sup> En *La podredumbre del modernismo* refleja su acercamiento a la Iglesia católica: «A nadie oculto que la sede del catolicismo todavía me hace vacilar y que me identifiqué mucho más con los altos anglicanos que con los modernistas romanos. Sin embargo, nunca me he sentido tan próximo a la comunión del señor Dell como después de haber leído sus ataques contra ella. Desde entonces,...no puedo poner en duda mi fidelidad a la Iglesia».

Así se fue acercando a la ortodoxia (un camino que recorrió de la mano del padre O'Connor), hasta que en la festividad del Corpus Christi, fue recibido en el seno de la Iglesia católica romana, recordando la conversión como «el único acto de mi vida del que tengo la absoluta certeza de no haberme arrepentido nunca». Catorce años después de su bautismo, fallecía el domingo dentro de la octava del Corpus Christi.

1. PEARCE, J.: *G. K. Chesterton, sabiduría e inocencia*, Madrid, Ediciones Encuentro. 1998, p. 12.

2. CHESTERTON, G. K.: *Autobiografía*, (Obras completas), Barcelona, 1967, p. 26.

3. DALE: *The Outline of Sanity*, p. 15

4. PEARCE, J.: ob. cit., Madrid, Ediciones Encuentro. 1998, p. 51.

5. Ver «Domingo de Pascua», 1895.

6. «Y cuando san José vió/ dormido a Cristo sobre paja,/ lleno de amor, adoró/ a María y al Hijo que alumbró./ Ave plena gratiae/ Ave Rosa mundi» *A Christmas Carol*, 1896.

7. Y agradecido escribió estos versos dedicados a su mujer en el siguiente poema: «Por eso te traigo estos versos/ a ti que me trajiste la cruz» *The Ballad of the White Horse*, Londres, 1911.

8. AMADO, D. «Y Chesterton se quitó el sombrero», *CRISTIANDAD*, (2006, agosto), p. 27.

9. CHESTERTON, G. K. *Santo Tomás de Aquino*, (Obras completas, vol. IV), Barcelona, 1970, p. 995-996.



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Los mártires, testigos de la fe

### Santo Tomás Becket FRANCESC M<sup>a</sup> MANRESA I LAMARCA

Tomás de Londres nació en 1118 en el seno de una familia normanda. Su padre, antiguo cruzado, era mercader y ejerció durante algún tiempo de *sheriff* de la ciudad. Su madre, natural de Caen, era una mujer piadosa que lo instruyó cuidadosamente en la fe cristiana y en una profunda devoción filial a la Madre de Dios.

El Londres en que creció Tomás fue el de la distinción entre normandos e ingleses. Gracias principalmente al impulso que le supuso la conquista normanda y su pronta capitulación, la ciudad era un lugar importante, metrópoli por excelencia de Inglaterra, centro del comercio nacional y de las finanzas, residencia de la corte y sede de algunos órganos de gobierno del vecino Westminster. En este ambiente, su origen familiar, contrario a la leyenda del Becket anglosajón, lo colocó entre los que hacía apenas una generación eran los señores de Inglaterra, quienes ocupaban cortes, castillos, catedrales y abadías del país.

El padre de Tomás procuró para su hijo una buena educación: bajo los canónigos agustinos de Merton primero, luego París –en el inicio de los años de grandeza de sus escuelas–, más tarde de *protégé* de un rico barón frecuente en la casa de su padre, para acabar finalmente en la «casa de Teobaldo», arzobispo de Canterbury.

Esta «familia» de Teobaldo albergaba un grupo de clérigos que vivían junto al arzobispo y sus monjes, participando en su vida mientras recibían una alta educación como si de una universidad se tratara y de donde más tarde salieron los obispos de Inglaterra, como lo fueron su más fiel obispo Juan de Salisbury, o su más fiero opositor Juan de York. Desde ahí, accedió Becket a formarse en derecho civil y canónico en Bolonia y Auxerre. Destacó además Becket por su inteligencia, por su memoria tenaz y exacta, su agudeza, su juicio y su osadía.

A los diez años de estar al lado de Teobaldo, quedó vacante el arcedianato de Canterbury, poco antes de la muerte del rey Esteban. Aquel

encargo le fue concedido de inmediato a Becket por el mismo arzobispo. No obstante, el acceso del nuevo rey Enrique II, le valió la concesión del cargo de canciller del Reino, a propuesta expresa del mismo primado y el apoyo de otros obispos.

«Como canciller fue pronto un perfecto cortesano, gustaba del brillo y del lujo principesco, tenía cada día mesa de Estado, a la cual procuraban sentarse los más orgullosos barones, cuyos hijos se hacían pajes y luego eran por él mismo armados caballeros [...] o como embajador ajustaba importantes tratados». «El poder de Becket, a lo largo y ancho de los dominios del rey igualaba al del rey mismo; era rey excepto en el nombre». «La corona no poseía otro más capaz y fervoroso defensor de sus derechos, y Tomás recordaba austeramente a los prelados y barones su juramento de consagrar a su rey sus vidas, honores y dignidades. Como canciller del rey era todo un canciller, sin embargo, para sí, en medio del lujo era sobrio y casto, y a la vez alegre y amable, benéfico con los pobres». Amado por su rey, se decía que el mundo no había contemplado jamás dos amigos tan enteramente unidos.

Seis años más tarde del acceso al trono de Enrique II, murió Teobaldo. El Rey era muy consciente que del carácter de su sucesor dependía la paz del Reino. ¿Qué, si no, le hizo al rey meditar durante casi un año la decisión de proponer al sucesor del arzobispo de Canterbury? Enrique era un rey calculador, ávido de poder, en un reino donde todo a lo largo de sus fronteras no prometía paz, ni aun entre sus propios súbditos sajones ni siquiera entre su propia familia. La lucha con el poder y los derechos de la Iglesia duraba ya desde el reinado de su abuelo Guillermo el Conquistador; si no había sido suficiente con llenar los obispados de normandos ¿quién mejor en este momento que su fiel Canciller para ocupar la silla del Primado de Inglaterra?

Enrique, decidido y sin esperar oposición, no



tomó en serio la respuesta que entre sonrisas le dio Tomás: «si va de veras, he de rehusar la promoción, pues si fuera arzobispo, dejaríamos de ser amigos, pues pedirías cosas que nunca te concedería y en lugar de la amistad sucedería entre nosotros el odio». Proféticas palabras.

Consagrado Tomás, entre quienes lo envidiaban se decía que el Rey había obrado un milagro: el de convertir «un soldado en sacerdote y un lego en arzobispo» y aun contrariamente a como ellos lo esperaban, tuvieron razón: Becket se convirtió no sólo en un prelado, sino en un austero y mortificado monje; bajo sus canónicos ropajes, vestía el hábito del monje; sus estudios y devociones eran extensas, regulares y rígidas. Durante el sacrificio de la misa, que por respeto y devoción no oficiaba diariamente, se le veía frecuentemente llorar con pasión; privadamente se sometía a severas mortificaciones. Se le reconocía una caridad ilimitada: diariamente lavaba los pies de trece mendigos e invitaba a su mesa a meros empleados, especialmente seculares, a los que cortejaba con la más obsequiosa deferencia. Esa misma pasión con que se entregó a Dios en su vida sacerdotal, la puso también en su encargo pastoral.

Dos incidentes encendieron la mecha que detonó tras el Consejo de Clarendon en 1164 y que prefiguraron los aspectos más esenciales del conflicto: la reclamación de los bienes usurpados y la defensa del derecho de la Iglesia sobre sus posesiones y principalmente sus miembros. A aquellos que se resistieron o traspasaron esos límites, el arzobispo los excomulgó: este acto puso entonces todo el reino en tensión, asustando a los nobles, escandalizando a los obispos, excitando la ira del rey incontinen-

te y ¿por qué no decirlo? admirando al pueblo cristiano porque se enfrentaba de tal modo al abuso del poder secular.

Es cierto que existían delitos y abusos de los clérigos y escándalos en sus benévolos juicios eclesiásticos, pero no lo es menos que nadie osaba –como lo hiciera cuatro siglos más tarde otro rey– atribuirse para sí la voluntad de Dios que su obispo representaba: la excomunión era su arma más peligrosa.

Becket no despreciaba la autoridad del Rey, sino lo contrario, mas como el secular juramento decía, «*sauf l'honneur de Dieu*», con tal de que quedara incólume el honor de Dios.

Becket inició el conflicto que duró hasta su muerte al negarse a sellar las Constituciones de Clarendon... y se quedó solo. En casi ocho años, no fueron suficientes las sucesivas reclamaciones al Papa ni las gestiones ante el rey de Francia, ni los dos exilios del Primado ni las frías entrevistas con el monarca ni los amargos reproches de sus hermanos en el episcopado ni la persecución de sus familiares ni el acoso a quien le hospedaba... para doblegar el espíritu del Arzobispo, que se mantuvo firme como un gigante en la defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia.

Sólo el pueblo cristiano –sajón– con sus sacerdotes y monjes acompañó a su pastor como en su último regreso a Canterbury, donde una gran multitud arrojaba sus ropas al camino y gritaba: «Bendito el que viene en nombre del Señor».

Intuía entonces Tomás que su suerte estaba echada y dispuso valientemente su vida en las manos de Dios: «¿Habéis venido a matarme? –preguntó Tomás a sus asesinos–. Yo me entrego a mí mismo y a mi causa al Juez de todos los hombres. Vuestras espadas están menos preparadas para golpear que lo está mi espíritu al martirio. Buscad a otra persona que huya de vosotros. A mí me encontraréis firme en la lucha del Señor». Poco después yacía el cuerpo del arzobispo masacrado, acribillado por las espadas de aquellos caballeros normandos alentados por las irresponsables palabras de un rey que quiso más honor que Dios.

Cuatro años más tarde, ya canonizado santo Tomás Becket por el papa Alejandro III, una estampa quedó para la prosperidad: la de un rey atribulado, ya en paz con la Iglesia, en búsqueda de la paz con su pueblo, después de una noche de vigilia ante la tumba del mártir, pedía perdón y era flagelado por toda la comunidad de monjes. Sólo así consiguió la reconciliación con los suyos y halló la paz en su reino... y quizás entonces volvió a recordar aquella conversación con Tomás: «–¿un honor? ¿qué honor es superior al del rey?. –¡El honor de Dios!»



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Doctores de la fe

# Santa Teresa de Ávila

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

Santa Teresa de Jesús fue beatificada por el papa Pablo V en 1614 y canonizada en 1622 por Gregorio XV. Pablo VI la proclamó Doctora de la Iglesia en 1970. En palabras de Benedicto XVI, esta gran santa es una de las cumbres de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos<sup>1</sup> porque, aunque no tenía una formación académica, ha llegado a ser maestra de vida cristiana para los fieles de todo tiempo a través de sus escritos y el ejemplo de su vida.

Entre todas las enseñanzas de santa Teresa, destaca su insistencia en la centralidad de la humanidad de Cristo. Para Teresa, de hecho, la vida cristiana es relación personal con Jesús, que culmina en la unión con Él por gracia, por amor y por imitación.

Por eso, la Doctora de la Iglesia subraya cuán esencial es la oración: rezar significa «frecuentar con amistad, pues frecuentamos de tú a tú a Aquel que sabemos que nos ama» (*Vida* 8, 5). La idea de santa Teresa coincide con la definición que santo Tomás de Aquino da de la caridad teologal, como un tipo de amistad del hombre con Dios, que ofreció primero su amistad al hombre (*Summa theologiae* II-II, 23, 1). La iniciativa viene de Dios. La oración es vida y se desarrolla gradualmente al mismo paso con el crecimiento de la vida cristiana: comienza con la oración vocal, pasa por la interiorización a través de la meditación y el recogimiento, hasta llegar a la unión de amor con Cristo y con la Santísima Trinidad.

Y estrechamente unida al conocimiento de la humanidad de Cristo y la amistad con él, aparece en las enseñanzas de la doctora de la Iglesia la figura de san José, cuya devoción contribuyó a difundir más que nadie la reformadora del Carmelo. «Antes de santa Teresa el culto de san José no parece que fuera vivo y estuviera divulgado de modo especial; de todos modos, no lo

era tanto como, por ejemplo, el de san Juan Bautista y los apóstoles. Santa Teresa fue capaz de percibir en plenitud la singular relación de este personaje con el estilo de vida contemplativa, de la que ella misma fue expresión magnífica.

En realidad –puesto que la vida del Carpintero nazareno transcurrió en un profundo ensimismamiento en la contemplación del misterio de la Encarnación de Jesús, ya que estuvo en inaudito y próximo contacto con este misterio, en paternal, pleno y amoroso cuidado, puesta su mirada enternecida en Dios encarnado y en su Madre– es fácil reconocer en la vida de José el ideal claro y el prototipo de la vida contemplativa. La vida escondida y apoyada sobre la obediencia no es otra cosa, y todas las riquezas de este discurrir de la existencia humana, aprendida en el cuadro de las reglas, se explica sobre todo por el principio de una unión contemplativa con Dios, a quien se conoce amando y se ama conociendo. Con razón pues, supo santa Teresa de Ávila que tal debió ser el estilo de vida interior del Carpintero de Nazaret, y por eso de tan buena gana le consagró sus hijas y le dedicó sus conventos.»<sup>2</sup>

En el *Libro de mi vida*, santa Teresa insiste numerosas veces en la necesidad de encomendarse a san José, y deja constancia de los efectos de aquella devoción en su propia vida. «Quien no hallare maestro que le enseñe a orar, tome a este glorioso Santo por maestro y no errará el camino. No quiera el Señor que haya yo errado atreviéndome a hablar de él; porque aunque publico que soy devota suya, en servirle y en imitarle siempre he fallado. Pues él hizo, como quien es, que yo pudiera levantarme y no estar tullida; y yo, como quien soy, usando mal de esta merced» (V 6, 8).

2. WOJTYŁA, Karol: «San José», *Tygodnik Powszechny*, 20 de marzo de 1960, en CANALS, F.: *San José, patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona, Balmes, 1994, p. 278.

1. BENEDICTO XVI: catequesis del 2 de febrero de 2011.



Explica la Santa que, ante las dificultades de la reforma del Carmelo, «tomé por abogado y señor al glorioso san José y me encomendé mucho a él. Vi claro que, tanto de esta necesidad como de otras mayores, de perder la fama y el alma, este padre y señor mío me libró mejor de lo que yo lo sabía pedir. No me acuerdo hasta hoy de haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer» (Vida 6,6).

No sólo de las necesidades espirituales de las almas se ocupa san José, sino también de los pequeños asuntos de la vida cotidiana. «Una vez estaba en un apuro del que no sabía cómo salir, pues no tenía dinero para pagar a unos albañiles, y se me apareció san José, mi verdadero padre y señor, y me dijo que no faltaría dinero y que los contratara; y así lo hice, sin un céntimo. Y el Señor de modo maravillo-

so que asombraba a los que lo oían, me proveyó» (Vida 33, 12)

«Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas.»

Y ¿cuál es la razón del sorprendente poder de san José? «Quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el Cielo hace cuanto le pide.» Siguiendo las huellas de santa Teresa, se han admirado muchos propagadores de la devoción a san José ante un misterio tan grande:<sup>3</sup>

«El poder de san José sobrepuja con mucho el poder de todos los ángeles y de todos los santos juntos, porque él es, a la vez, poderoso en el corazón de Dios y en el corazón de María. En efecto, ¿qué podría Dios rehusar a un santo a quien prefirió a todos los príncipes del cielo y de la tierra, a quien asoció a su divina paternidad; a quien constituyó providencia visible de su Hijo y que tan dignamente cumplió esa gran misión? ¿Qué podría rehusar el Verbo encarnado a aquel de quien lo recibió todo en la tierra, que le dio, al precio de sus sudores, todas las cosas necesarias a la vida, que no trabajó ni vivió más que para Él? Y aun cuando José, solo, no pudiera hacer otorgar lo que se le pide, ¿no tiene sobre el corazón de María, para hacerla intervenir en apoyo de su demanda, los derechos más irrecusables, los derechos de la autoridad legítima, los derechos del agradecimiento y los de la amistad? ¡Oh, cómo María se arrojaría a los pies de Jesús antes que ver una negativa para su santo esposo!»

3. VILASECA, J.M.<sup>a</sup>: «Preces al señor san José», en CANALS, F.: ob. cit., p. 323.

Y también para la Iglesia, si es importante profesar *la concepción virginal de Jesús*, no lo es menos defender el *matrimonio de María con José*, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José. De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. «¿Por qué —se pregunta san Agustín— no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María? (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el marido. *No temas, dice, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. Ella, añade, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.* La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: *es obra del Espíritu Santo.* Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no haber concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo *padre de Cristo*».

JUAN PABLO II: exhortación apostólica *Redemptoris custos*



## Pequeñas lecciones de historia

### Jesús y el pueblo judío (X): ¿Se acaba el tiempo de los judíos?

GERARDO MANRESA

**D**ESPUÉS de la triunfante entrada de Jesús en Jerusalén, donde fue aclamado rey por la muchedumbre de judíos provenientes de todas las provincias, el rechazo de las autoridades judías parece sea el punto de arranque por el cual Jesús empezó a dar por concluida su dedicación a la evangelización del pueblo judío, haciéndoles ver que su Palabra es la luz verdadera que viene a este mundo y que vino a los suyos y los suyos no la recibieron, cf. Jn 1,9-10. A partir de entonces, por medio de parábolas, les va manifestando este rechazo a su misión y el mal que les va a venir por ello.

La noche del domingo de Ramos, Jesús se retiró a casa de la familia de Lázaro, en Betania, y cada día subía a Jerusalén, al Templo. El primer día, dice Mateo, sintió hambre y se acercó a una higuera y al no encontrar fruto la maldijo diciendo: *Que nunca más brote fruto de ti*. La higuera, en los textos evangélicos representa al pueblo de Israel.

El martes se encontraba enseñando en el Templo y se le fueron acercando los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo y le interrogaron sobre la autoridad con que hacía todas las cosas, sin que les llegara a contestar pues no quisieron ellos contestarle si el bautismo de Juan era del cielo o no. Después de esta negativa, parece que Jesús ya no «tuvo más paciencia» y empezó a explicarles parábolas que eran el reflejo de la situación final del pueblo judío.

*La parábola de los dos hijos* (Mt 21,28-32), cuyo padre les envía a trabajar a la viña, negándose uno y aceptándolo el otro, pero que en realidad el que cumple es el que niega que vaya a ir. Jesús les compara a los publicanos y las rameras y les dice que éstos llegan antes al Reino de Dios.

*La parábola de la viña y los labradores* (Mt 21,33-42). Los labradores que después de matar a los siervos que envía el dueño de la viña para recoger los frutos, matan al hijo para quedarse con la herencia. La conclusión de los mismos sumos sacerdotes y autoridades judías es que el dueño buscará a otros labradores que paguen el fruto a su tiempo.

*La parábola del banquete nupcial* (Mt 22,1-14). El rey que celebra la boda de su hijo e invita al banquete a sus amigos y éstos no quieren ir. El rey envía a su ejército para matar a aquellos homicidas y después envía a sus siervos a buscar por los caminos a buenos y malos para llenar la sala del banquete.

Después de explicar estas parábolas y otras similares pasó Jesús a hablar sobre la hipocresía de escribas y fariseos, recomendando a la gente que hicieran

caso de lo que dicen pero no de lo que hacen, *porque dicen pero no hacen*; atan cargas muy pesadas pero ellos no quieren moverlas. Y en la misma explanada del Templo, ante todos, expone las siete maldiciones contra los escribas y fariseos (Mt 23,1-32):

–Cerráis a los hombres el Reino de los Cielos. Ni entráis ni dejáis entrar en el Reino de los Cielos.

–Recorréis el mundo para hacer un prosélito y cuando lo tenéis, lo hacéis hijo de la condenación como vosotros.

–Guías ciegos, si juráis por el oro del Santuario quedáis obligados, pero si juráis por el Santuario no, ¿qué es más importante el Santuario o el oro?

–Pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino y olvidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe.

–Purificáis por fuera la copa y el plato y por dentro estáis llenos de rapiña e intemperancia.

–Sepulcros blanqueados por fuera y llenos de huesos muertos y de toda inmundicia por dentro.

–Edificáis los sepulcros de los profetas y decís que vosotros no los habrías matado como vuestros padres, con lo que afirmáis que sois hijos de los que los mataron.

Después de su resurrección, Jesús, por primera vez amplía su apostolado a todas las naciones y dice a sus apóstoles: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,18-20).

La extensión de la predicación a todas las naciones, o a todas las gentes, no tenía que ser una cosa exclusiva, pues el mismo Jesús en el momento de su Ascensión les indica dónde han de ser sus testigos y les dice: *Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra*, Hch 1,6-8.

Así empezó la predicación de los apóstoles y los primeros convertidos fueron o judíos o prosélitos que estaban en Jerusalén por la fiesta de los Tabernáculos. Pero al cabo de pocos años empezaron los problemas con los judíos, y aunque san Pablo insistió para integrarlos, no lo consiguió y además, el año 70, con la destrucción del Templo de Jerusalén por los romanos, el pueblo judío se quedó *sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin estatua, y sin efod, y sin terafim. Después volverán a buscar los israelitas al Señor, su Dios y a David su rey, (...) al final de los tiempos* (Os 3,4-5). Había llegado el tiempo de las naciones.

## La santa muerte de san José

RAMÓN GELPÍ SABATER  
www.christusregnat.com

En marzo, con motivo de la festividad de san José, solemos dejar momentáneamente la narración cronológica de la vida de Jesús para hacer algún comentario contemplativo de la vida del santo Patriarca, que aunque relativamente poco descrita en los evangelios, permite sin embargo consideraciones piadosas ciertamente reconfortantes.

Vamos a contemplar en esta ocasión la muerte del santo Patriarca. No en vano es el patrón de la buena muerte, acompañado por la Virgen María y por Jesús, y asistido por ellos en su «última agonía» como decimos en la jaculatoria.

No sabemos en realidad nada de las circunstancias de cuando y cómo murió san José. Hay relatos de visiones místicas, muy variados, que la relacionan con su trabajo, o con una vejez achacosa (esto último se lee en un evangelio apócrifo *Historias de José el carpintero*). Estos relatos se basan en la creencia de las Iglesias orientales de que san José se había desposado con la Virgen María a edad muy avanzada, creencia que aquí ya hemos desmentido en varias ocasiones, porque la Ley no permitía el desposorio de una joven virgen con un hombre de más de treinta años.

Nosotros hemos desarrollado una piadosa narración, posible, aunque reconocemos que poco probable. Lo hemos basado en una tradición no muy conocida, pero que nos ha parecido realmente propia de un Patriarca. Según ésta, san José habría muerto en Jerusalén, en una celebración pascual y habría sido enterrado allí. Para ello extractaremos el relato de un opúsculo titulado *Pequeña vida de san José, y la Sagrada Familia*, que no se ha editado como obra impresa, pero que puede bajarse de la Web [www.christusregnat.com](http://www.christusregnat.com). En este texto se contempla, entre otras, esta piadosa hipótesis.

### ¿Cuándo murió el santo Patriarca?

No hay ninguna tradición realmente fiable de cuándo murió el santo Patriarca, pero parece evidente que cuando Jesús inició su Vida pública José había fallecido ya. Hay dos motivos para suponerlo:

1. San José no aparece en las bodas de Caná. Caná está cerca de Nazaret, a medio camino entre esta

población y Séforis, que era la capital de Galilea en aquel tiempo. Los contrayentes de Caná podían ser parientes de la Virgen, o del propio san José, pero el evangelista dice claramente: «*La madre de Jesús estaba entre los invitados.*» (Jn 2, 1). San José, probablemente no estaba ya en el mundo.

2. En una de las veces en que Jesús vuelve a Nazaret, durante su Vida pública, es reconocido por algunos como: «*¿No es este el carpintero?*» (Mc 6, 3), y por otros como «*el hijo del carpintero*» (Mt 13). Esto permite suponer, aunque no de una forma terminante, que Jesús ejerció de carpintero Él solo, después de algún tiempo de haber sido ayudante en el oficio de su padre san José.

La muerte de san José pudo ser en Nazaret, ya que allí vivía la Sagrada Familia, y atendido, eso desde luego, por Jesús y María. Sin embargo, como decimos, hemos escogido una versión que se aparta de lo habitualmente contemplado: José muere en Jerusalén, durante la Pascua, y es enterrado allí.

Cada año, por Pascua, iban a Jerusalén para celebrar el sacrificio del cordero. En una ocasión, José se sintió desfallecer en el viaje. Nada dijo a María y a Jesús, pero ofreció su esfuerzo para la misión que pronto iniciaría su hijo, el Hijo de Dios.

Al llegar a Jerusalén, su sufrimiento aumentó, pero se dispuso a celebrar la Pascua. Al final, María y Jesús, conociendo que llegaba la hora de su retorno al Padre, le recostaron en un lecho y se pusieron en oración, confortándole amorosamente. (de *Pequeña vida de san José, y la Sagrada Familia*)

Este episodio, pertenece al ámbito de lo que tan sólo es posible. Ni siquiera podemos darlo como probable, porque no hay argumentos fidedignos para afirmarlo así. Se basa en una tradición, recogida por la obra *El santo de cada día*, que fue confeccionada en 1947 bajo la supervisión de fray Justo Pérez de Urbel (ed. Edelvives). Según esta tradición, como hemos dicho, san José murió en Jerusalén durante una celebración de la Pascua.

Hay que reconocer que, aunque no tengamos información fidedigna, el hecho de que san José entregue su alma durante el sacrificio del Cordero pascual, como hará unos años después su hijo Jesús para redimirnos, puede ser motivo de piadosa con-

templación. Se añadiría a ello el hecho de que José, al ser enterrado en Judea, su tierra de origen, como corresponde a un santo Patriarca, daría humanamente culminación a su misión de padre del Mesías. Pensemos que en Jerusalén se veneran algunas tumbas singulares en el valle del Cedrón, lugar en el que se supone fue también enterrado el rey David. Este profético rey, es hoy venerado por los judíos en el monte Sión, en la parte baja del edificio del Cenáculo, lugar donde se cree estaba el palacio.

¿Por qué san José, descendiente del profético rey, no habría de tener igual honor siendo ambos ascendientes del Mesías? Podemos suponerlo piadosamente así aunque, en su humildad, el que fue padre de Jesús en la tierra, haya querido pasar desapercibido para la gloria del mundo.

### La última Pascua de san José

En el opúsculo citado se ha supuesto que san José comienza a sentirse indispuerto durante el viaje a Jerusalén, pero que nada dice a su santa Esposa ni a Jesús. Es creíble que si José morirá durante la Pascua en Jerusalén, algún síntoma observase en el largo y duro viaje desde Galilea. La ascensión a la Ciudad Santa desde Jericó, es particularmente penosa por lo empinado del camino, que transcurre entre profundas quebradas. Al llegar, podemos suponer que celebrarían los Ázimos como buenos judíos, y tal vez al final de la cena pascual se manifestó su dolencia y fue amorosamente atendido por Jesús y la Virgen Santísima.

### San José muere en Jerusalén

*«... José entregó su alma a Dios, atendido corporal y espiritualmente por María, su esposa y por Jesús. Al día siguiente le enterraron en Jerusalén y estuvieron en oración unos días más, después de celebrada la Pascua. Jesús y María acudieron al Templo varias veces, para dar gracias al Padre por todo que, por medio de José, habían recibido, y finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el seno de Abraham, cerca de Dios Padre. ...»*

Ya hemos dicho que nada sabemos de las circunstancias de la muerte de san José, aunque hemos supuesto que se producía en Jerusalén con ocasión de la Pascua. Vamos pues a continuar con nuestra narración contemplativa, aunque dichas circunstancias serán lógicamente imaginadas dentro del contexto de lo que hemos denominado como posible.

Después podemos pensar en que san José sería enterrado en Jerusalén, incluso tal vez en el valle

del Cedrón como dice la tradición, y que asistirían al sepelio además de Jesús y María, los parientes más o menos próximos que vivían en Judea y los que habrían venido de Galilea a celebrar la Pascua (Cleofás, María de Alfeo, y otros sin duda, que desconocemos).

Hemos supuesto en la narración, que Jesús y la Virgen María debieron prolongar algunos días su estancia en Jerusalén después del sepelio, y que debieron acudir al Templo a orar por él. Jesús, en su vida pública, aparece en muchas ocasiones en oración, unas veces solo y otras con sus discípulos (Mt 1, 35; Lc 5, 16; Lc 6, 12; Jn 17, 1-26; Mt 26, 36).

«... finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el Seno de Abraham, cerca de Dios Padre ...» Así pudo ser el regreso de Jesús y María a Nazaret. Sabemos que Jesús, en su vida pública, experimentó la tristeza humana. Dos veces dice el Evangelio que lloró: una con la muerte de Lázaro, al que sin embargo resucita a continuación, y otra ante la ciudad de Jerusalén de la que predice su ruina; ¿cómo no había de llorar ante la muerte de san José, su padre en la tierra? Y sin embargo conoce su estado de bienaventuranza, cerca del Padre, y sabe que pronto lo hará participe de su Redención.

Finalmente, una también piadosa consideración. El evangelio de san Mateo narra la resurrección de muchos santos en sus sepulturas, con motivo de la muerte y Resurrección de Jesús: «... y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron ...» (Mt 27, 52). No se sabe a qué santos se refiere san Mateo, pero si hay alguno que se puede dar por seguro, sin duda es san José. Jesús se apareció a sus discípulos en cuerpo glorioso, después de la Resurrección, y se tiene por cierto que antes que a nadie, nuestro Señor visitó a su Santísima Madre; podemos suponer por tanto, que José pudo participar en este encuentro. Vamos a contemplarlo brevemente.

La Sagrada Familia se reúne tras la Resurrección de Cristo. María está en el mundo, con su cuerpo mortal, mientras Jesús y su padre san José aparecen en cuerpo glorioso. Para María la espera tras la muerte de su esposo fue larga, antes ha tenido que sufrir la «espada de dolor» que le profetizó Simeón (Lc 2, 34-35). José, en cambio, aunque ha permanecido pendiente de la Redención de su Hijo (en el llamado seno de Abraham), lo cierto es que el valor absoluto de los tiempos está en manos de Dios. Para José podemos considerar que el encuentro es inmediato: «... en verdad te digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso ...» (Lc 23, 43). Con esta frase le promete Jesús el cielo «hoy mismo» al Buen Ladrón. ¡Cómo no había de ser así con su santísimo padre José, al que Él mismo había dado sepultura!



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Pakistán tendrá un santuario dedicado al Niño Jesús de Praga

**P**REOCUPADO por la violencia y el terrorismo que azota Pakistán y que cada año causa la muerte de muchas personas inocentes, el padre Emmanuel Parvez, párroco San Pablo Apóstol en la diócesis de Faisalabad (Pakistán) solicitó al santuario checo del Niño Jesús de Praga una réplica de la imagen allí venerada para que «la presencia del Niño milagroso traiga una era de paz, seguridad y armonía».

Con la reciente llegada a Pakistán de la imagen, acogida con gran alegría tanto por las familias cristianas como no cristianas, especialmente los niños, se han puesto ya en marcha los preparativos para la construcción de un santuario que espera convertirse en un importante centro de la fe católica en Pakistán, donde tendrán lugar actividades misioneras, peregrinaciones y otras iniciativas de los maestros y catequistas, y que integrará servicios de salud y educación a la población. «Queremos que sea un centro para la difusión, a través de la fe y la pureza de los niños, de la paz y el amor de Cristo en Pakistán», afirmó el padre Parvez a la agencia Fides.

La parroquia de Panasara fue la sede de la ceremonia de bienvenida de la imagen, traída al país a través de la Nunciatura Apostólica. Los fieles, entre quienes se contaban más de doscientos niños, organizaron una celebración con cantos y bailes en honor al Niño Jesús. Al acto se sumaron también muchos no cristianos atraídos por la manifestación de alegría de los creyentes. Según reportó Fides, los niños presentes se comprometieron a extender la devoción al Niño Jesús de Praga en Pakistán. (es.gaudiumpress.org)

## Compromiso de fidelidad a la doctrina por parte de los profesores de escuelas católicas

**A**NTE informaciones y rumores de que no todos los maestros de las escuelas diocesanas (unas once escuelas primarias y cuatro secundarias) enseñaban de acuerdo a la Iglesia, monseñor Robert Vasa, obispo de Santa Rosa (Estados Unidos), ha añadido una cláusula en los contratos para el próximo curso de unos doscientos profesores de dichas escuelas en la que se comprometen a impartir sus enseñanzas de acuerdo con la doctrina de la Iglesia y ser «modelos de vida católica» para sus alumnos.

Según explicó a Gaudium Press la portavoz de la

diócesis, doctora Deirdre Frontczak, la idea es que los profesores, como «modelos en el ministerio de la enseñanza de la fe a los jóvenes», sean conscientes de su deber de «honrar, enseñar y vivir de acuerdo a los valores de la Iglesia». «Las escuelas católicas – explicó la Dra. Frontczak – son parte del ministerio de enseñanza de la Iglesia, son sostenidas por la diócesis, pertenecen al obispo y su propósito primordial es educar a los jóvenes en la fe». La obligación adquirida por los maestros incluirá no contradecir las enseñanzas de la Iglesia y mantener una conducta adecuada en su vida pública que no represente escándalo para los jóvenes, mostrando una preocupación obvia por el bienestar de los niños confiados a las escuelas católicas en Santa Rosa así como el interés por el bienestar espiritual de los firmantes.

## «Cuarenta días de compasión»

**N**UNCA debemos ser incapaces de «tener misericordia» para con quien sufre. (...) Nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el punto de hacernos sordos al grito del pobre». Estas palabras del papa Benedicto XVI en su mensaje para la cuaresma de 2013 han llevado a Ayuda a la Iglesia Necesitada en Francia a organizar una campaña de oración, bajo el lema de «Cuarenta días de compasión», por los sufrimientos y necesidades de los católicos que padecen persecución alrededor del mundo.

Dicha campaña, basada en una herramienta web que permite a personas de todo el mundo recibir en su correo electrónico una oración diaria por las necesidades específicas de la Iglesia en un país, junto con una breve descripción de la situación de persecución religiosa que padece, ha reunido a miles de católicos en oración por la Iglesia perseguida.

La campaña, informa Gaudium Press, tendrá como colofón el 12 de abril, ya en Pascua, una vigilia de oración (la Noche de los Testigos) en la catedral de Notre-Dame de París en la que el cardenal nigeriano John Onaiyekan, el patriarca sirio Younan III, el obispo cubano Arturo Amador y la hermana laosiana Marie Bruno darán testimonio sobre la situación que sufren los católicos en sus países y rendirán un homenaje a los sacerdotes, religiosos y fieles asesinados a causa de su fe en 2012. Ciudades como Nantes, Metz, Caen y Lyon también se han sumado a esta iniciativa, organizando vigilias similares los días previos a la vigilia en París, con el fin de promover la

participación de los católicos de todo el mundo en las experiencias de las personas que dan un testimonio heroico de la fe en circunstancias adversas. «Invito a todos los católicos y a todas las personas de buena voluntad –exhortó Marc Fromager, director de AIN Francia– a unirse en oración y en memoria de todas las personas que han sido asesinadas o que han sido discriminadas o perseguidas en el mundo a causa de su creencia religiosa. Ellos necesitan nuestras oraciones para seguir fieles a Cristo a pesar de las condiciones difíciles en las cuales viven. Nosotros necesitamos la oración para recibir su testimonio de fidelidad y para darnos valor en nuestro propio espacio».

Un nuevo ejemplo de heroico testimonio de la fe lo ha dado recientemente un cristiano de la comunidad armenia apostólica en Siria, que fue asesinado a quemarropa el pasado mes de febrero por terroristas musulmanes. El hombre se encontraba en un convoy con dirección a Aleppo cuando el autobús fue detenido en la carretera por un grupo de militantes islamitas que pidieron los documentos de identidad a los pasajeros. Al notar que el apellido de Yohannes finalizaba con el sufijo «ian», lo identificaron como armenio. Al cachearlo descubrieron que llevaba una gran cruz en el cuello. En ese momento, uno de los terroristas disparó contra la cruz, traspasando el pecho del hombre.

### Bahrein tendrá una catedral católica

**N**UESTRAS oraciones han sido contestadas. ¡Nuestra Señora de Arabia es capaz de hacer milagros!». Así expresaba su alegría Mons. Camillo Ballin, vicario apostólico del Norte de Arabia, en una entrevista a la agencia Fides por la sorprendente noticia de que el rey de Bahrein, Hamad ibn Isa Al Khalifah, había donado los títulos de propiedad de un terreno de nueve mil metros cuadrados para construir una nueva iglesia.

El documento de cesión de los terrenos está fechado el 11 de febrero, fiesta de nuestra Señora de Lourdes, lo cual el vicario apostólico interpretó como una intervención de la Santísima Virgen en un país predominantemente islámico. Monseñor Ballin fue además invitado a una reunión en la cual el Rey se encontrará con las autoridades religiosas del país. Se le anunció que ocuparía el lugar de un invitado de honor y el vicario apostólico anunció que aprovechará la oportunidad para agradecer el gesto tenido con la Iglesia católica. Según reportó la agencia Fides, el templo que se construya en el lugar será la catedral y estará dedicada a Nuestra Señora de Arabia. Se esti-

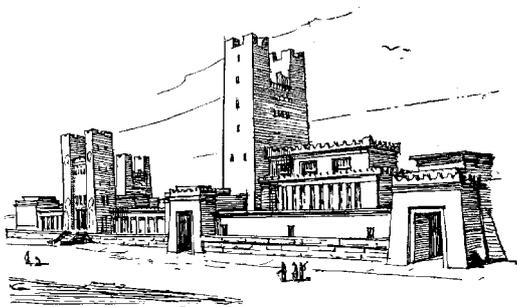
ma que en el reino de Bahrein se encuentran unos ochenta mil católicos en una población de más de un millón de habitantes, que son en su mayoría inmigrantes provenientes de Filipinas e India.

### Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI

**L**A Conferencia Episcopal Española (CEE) ha presentado el documento *Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI. Hacia una renovada pastoral de las vocaciones al sacerdocio ministerial* con la finalidad de «propiciar la oración por las vocaciones, reflexionar sobre el trabajo de promoción vocacional, compartir tanto las dificultades como las esperanzas de quienes trabajan en el ámbito de la pastoral vocacional, y, finalmente, ofrecer algunas propuestas pastorales». Les mueve a ello la preocupación causada por «el descenso progresivo de las vocaciones sacerdotales que tiene lugar en Occidente en las últimas décadas» y ante el que es preciso abordar algunas preguntas clave que están en el ambiente, de cara a descubrir «las causas de la confusión o desorientación que pueden afectar a un joven de hoy» y al mismo tiempo plantearse cómo despertar en él «esas energías de donación que posee en sí mismo y la capacidad de seguir con totalidad y certeza a Jesús».

El texto está dividido en tres grandes capítulos: el encuentro con Cristo, la llamada al sacerdocio y, en un solo apartado, lugares de llamada y propuestas de acción pastoral. Los obispos concluyen con una llamada explícita a la esperanza. «Nos hallamos en un tiempo apasionante para vivir el sacerdocio y para trabajar en la promoción de las vocaciones sacerdotales. Para ello es necesario mantener clara y manifiesta la identidad sacerdotal y ofrecer a nuestros contemporáneos el testimonio de que somos hombres de Dios». Más allá de las apariencias y de las dificultades, «tenemos una certeza clara: la iniciativa es de Dios, que continúa llamando, y la Iglesia tiene capacidad de suscitar, acompañar y ayudar a discernir en la respuesta». Para ello hay que «salir al encuentro de los niños y de los jóvenes, responder a sus expectativas, a sus problemas e inseguridades, dialogar con ellos proponiéndoles un ideal de altura que comprometa toda la existencia, una elección que comprometa toda su vida. Nuestra tarea consistirá en sembrar, en anunciar el Evangelio de la vocación. Una siembra oportuna y confiada (...) Es la hora de la fe, la hora de la confianza en el Señor que nos envía mar adentro a seguir echando las redes en la tarea ineludible de la pastoral vocacional».





## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Netanyahu vuelve a formar gobierno en Israel y enciende la mecha del conflicto con los ultraortodoxos

EN un contexto regional cada vez más complicado, los israelíes han ido a las urnas y han renovado su apoyo a Benjamín Netanyahu, si bien con menor margen que en la anterior legislatura. Pero el gran triunfador de estas elecciones ha sido el popular periodista Yair Lapid y su recientemente fundado partido Yesh Atid, que ha conseguido, con más de medio millón de votos, convertirse en la segunda fuerza del país por detrás del Likud de Netanyahu, que ha obtenido casi 900.000 votos. Yesh Atid es un partido populista, secular, crítico tanto con la izquierda como con la derecha, enfrentado a la posición que ocupan los *haredim* o ultraortodoxos en Israel y con un vago programa reformista. En su importante avance ha sido vital el hundimiento del partido centrista de Tzipi Livni, que en 2009 consiguió ser la lista más votada, con 750.000 votos (si bien la coalición orquestada por Netanyahu le arrebató el gobierno) y que en estas elecciones se ha desplomado hasta poco más 70.000 votos, mientras que la aventura de Livni en un nuevo partido, Hatnuah, se ha quedado en 190.000 votos. Por su parte, los partidos ultraortodoxos y los que representan a los colonos del sionismo religioso y a los judíos de origen ruso han mantenido sus resultados o han crecido ligeramente.

Tras unos primeros momentos de sorpresa, principalmente por el ascenso de los populistas seculares, pronto quedó claro que, si bien Netanyahu había ganado las elecciones, el conseguir una coalición de gobierno no iba a ser tarea fácil. Netanyahu tenía que negociar con cuatro grupos: los fortalecidos populistas seculares de Yesh Atid, los colonos, los rusos y los *haredim*. El acuerdo con los colonos y los rusos fue fácil, pero los intentos de incorporar en una misma coalición a populistas seculares y *haredim* se han demostrado excesivamente complicados incluso para un genio en estas lides como es el primer ministro israelí. Tras semanas de tira y afloja, finalmente Netanyahu ha optado por firmar un pacto de legislatura con Yesh Atid, dejando fuera del gobierno a los ultraortodoxos por primera vez en muchos años.

Las consecuencias de esta nueva coalición en lo que a política exterior se refiere no van a ser importantes. Todos los partidos representados en el gobierno defienden lo que es ahora mismo un sólido estado

de opinión existente en Israel que considera que el proceso de paz iniciado en Oslo es un callejón sin salida y que la indivisibilidad y capitalidad de Jerusalén es innegociable. En una situación de inestabilidad en la región y con crecientes amenazas, los israelíes no quieren avanzar en una negociación con personas que no consideran dignas de su confianza y han optado por fortalecer sus posiciones frente a un entorno hostil.

En cambio, las repercusiones en el plano interno son descomunales, pues suponen el primer intento serio de cambiar el *statu quo* establecido en Israel desde su fundación en 1948. Fue entonces cuando David Ben Gurion llegó a un acuerdo con la comunidad *haredim* por el que se establecía un sistema educativo especial para los ultraortodoxos y la exención del servicio militar a cambio de poder presentar ante el mundo una comunidad judía unida. Ahora, el acuerdo de gobierno firmado por Netanyahu y Yair Lapid plantea un cambio en tres áreas vitales: los ultraortodoxos dejarían de estar exentos del servicio militar, se establecerían asignaturas obligatorias también en los colegios ultraortodoxos y se modificarían los criterios para acceder a beneficios sociales. De este modo se cumpliría el programa defendido por Yair Lapid, que refleja el creciente resentimiento de los judíos seculares contra unos judíos *haredim* que consideran que parasitan el Estado de Israel.

La reacción ultraortodoxa no se ha hecho esperar. El rabino Aarón Leib Steinman declaró, al día siguiente de hacerse público el acuerdo, que «este gran problema ha caído sobre nosotros de repente, un problema terrible pues pretende destruir al pueblo judío y a la Torah». Y el líder del partido Judaísmo Unido de la Torah, Meir Porush, ha declarado que «cuando dentro de unos días, durante la comida de *Pesaj* (la Pascua judía) digamos “en cada generación se alzarán para destruirnos pero Dios nos salvará de sus manos”, esto tendrá un significado muy concreto». Por su parte, el rabino Samuel Auerbach ha escrito que «Sin ninguna duda defenderemos nuestras vidas con todo nuestro poder para salvar la existencia de la Torah, que es el corazón del judaísmo». Y es que el acuerdo ataca los fundamentos de la comunidad *haredim*: condiciona la enseñanza, que ellos mantienen centrada en el estudio de la Torah, sin asignaturas seculares, ataca seriamente a la situación económica de las familias *haredim*, generalmente numerosas y en las que

el padre de familia se dedica exclusivamente al estudio en la *yeshiva* y que pueden mantener este estilo de vida gracias a los distintos subsidios que reciben, y por último obliga a dedicar al Ejército unos años que se consideran claves para adquirir una buena formación. Además, está en juego el control del Gran Rabinato de Israel, que es quien decide quién es y quién no es judío, y donde los partidarios de Yair Lapid quieren introducir rabinos liberales con criterios más laxos.

Ahora la incógnita está en saber hasta qué punto y en qué grado se cumplirán estos acuerdos, pero todo parece indicar que la próxima guerra en Israel será interna entre judíos seculares y ultraortodoxos.

### Hugo Chávez, embalsamado

TRAS la noticia de la esperada muerte del presidente de Venezuela, Hugo Chávez, tras una larga lucha contra el cáncer, quedamos sorprendidos al saber que el cadáver del líder bolivariano iba a ser embalsamado para poder ser expuesto en Caracas. Una vez más se constataba un curioso fenómeno, el gusto de los revolucionarios comunistas por ser embalsamados: Lenin, Mao, Ho Chi Minh, Kim Il Sung y Kim Jong Il, y ahora Hugo Chávez.

Un hecho que —a nadie se le escapa— encierra una aparente contradicción, pues la ideología materialista y determinista del marxismo pone el énfasis en las fuerzas colectivas y económicas que dominarían la historia, pretendidamente de forma ineluctable. Así, para el marxismo el individuo no es nada frente a esas dinámicas subyacentes a la historia... y sin embargo, al embalsamar a sus líderes están rindiendo un culto idólatrico al líder, al hombre escogido, al individuo providencial. ¿Acaso no les resulta evidente a los propios marxistas esta flagrante contradicción? Si en teoría la sociedad comunista debe alcanzarse por la propia dinámica de las fuerzas materiales económicas, ¿a qué ese culto por los «grandes timoneles»?

La clave puede estar en entender que el marxismo como sistema de pensamiento ha sido siempre un fracaso, ignorado incluso por sus más entusiastas seguidores, y que toda su fuerza reside en su naturaleza religiosa, una religión secular, sustitutiva de la verdadera, un mesianismo terreno, de dónde ha extraído toda su fuerza y su capacidad para entusiasmar a tantos. Es lo que da a entender Whittaker Chambers en su libro, *Testigo*, sobre las tramas de espionaje prosoviéticas en Estados Unidos durante la década de los cincuenta. Allí escribe Chambers lo siguiente: «Los comunistas son esa parte de la humanidad que ha recuperado el poder de vivir o morir —de dar testimonio— por su fe». Para Chambers, él mismo comunista durante un periodo de su vida, el comunismo es la segunda fe más antigua, la del hombre que se quie-

re hacer Dios. Desde esta perspectiva podemos entender un poco mejor la morbosa costumbre de embalsamar a los «amados líderes», un patético intento, por otra parte, de ocultar lo evidente: que al final el que es ineludible es el Dios verdadero.

### Obama va a por la educación

LEYENDO las propuestas de Obama sobre educación durante el pasado discurso del estado de la Unión recordaba aquellas geniales y ciertas palabras de Ronald Reagan: «Las diez palabras más peligrosas en inglés son «Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarle»» (*I'm from the government and I'm here to help you*). Pues bien, Barack Obama es el gobierno y quiere ayudar a la educación. Obama, el pasado 12 de febrero, hizo énfasis en tres propuestas, que definió así:

1) reformar los colegios del país para enfocarse más en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas, con el fin de preparar mejor a los graduados para trabajar en una economía de tecnología avanzada.

2) la financiación estatal para las universidades será condicionada de acuerdo a su accesibilidad y valor, y el gobierno establecerá un «ranking universitario» que compare a las universidades en base al valor ofrecido por el costo.

3) una educación pre-escolar de calidad disponible para todos los niños.

Aunque algunos pueden encontrar estas propuestas muy razonables, en estos tiempos de neolingua orwelliana y con el precedente de la actitud de Obama en su batalla contra la Iglesia católica a propósito del mandato abortivo HHS, los temores parecen justificados.

Donde Obama habla de «enfocarse más en ciencia» y «preparar mejor a los graduados para una economía de tecnología avanzada» es lícito leer acabar con las humanidades, apostar por el utilitarismo y convertir los colegios en grandes factorías que produzcan operarios técnicos preparados para trabajar a destajo sin plantearse grandes interrogantes, incapaces de criticar al gobierno y que encajarán a la perfección en lo que Belloc ya previó y bautizó como Estado servil.

Donde Obama habla de «accesibilidad y valor» es lícito leer políticas antiacadémicas, como por ejemplo de discriminación positiva, que condenan a la Universidad a la mediocridad bajo el yugo de lo políticamente correcto.

Donde Obama dice «educación preescolar de calidad disponible para todos los niños», es lícito leer «arrebatar a las familias el derecho a educar a sus hijos desde su más tierna infancia».

En definitiva, donde Obama promete un mundo feliz, es lícito vislumbrar el mundo de Huxley.



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

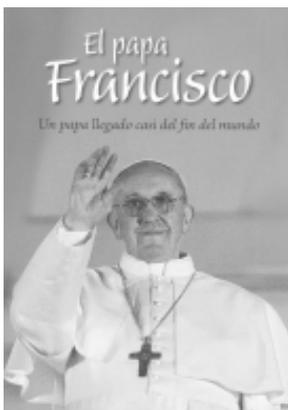
### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

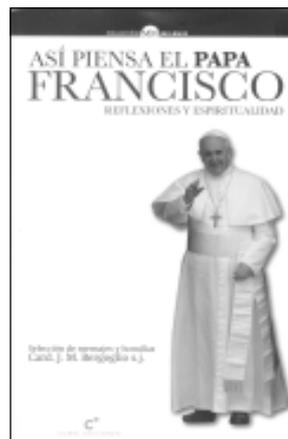
### *Este mes recomendamos:*



**El papa Francisco**  
Editorial: San Pablo  
23 páginas  
Precio: 2,00 €

Este breve folleto con fotografías es una primera aproximación a la figura y la personalidad del papa Francisco, cuya elección tantas expectativas despertó tras la renuncia de Benedicto XVI y tanta sorpresa causó por su novedad: el primer papa jesuita, el primero oriundo del continente americano y el primero que adopta el nombre de san Francisco de Asís. Con estas páginas

podremos conocer brevemente cómo fue su infancia y cuál ha sido su trayectoria dentro de la Iglesia, cuáles fueron las primeras palabras que pronunció y cómo es su carácter y su magisterio.

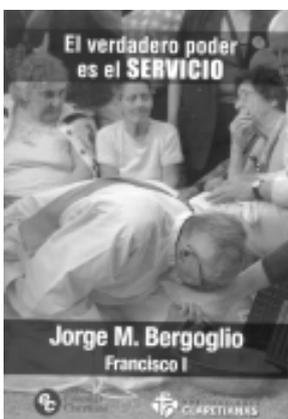


**Así piensa el papa Francisco**

Autor: Francisco  
Editorial: Cobel  
204 páginas  
Precio: 12,00 €

Un libro perfecto para conocer de primera mano quién es y cómo piensa el Papa, a través de sus escritos y reflexiones personales. El libro se inicia con unas breves reflexiones sobre temas candentes: aborto, defensa de la vida, educación, cuestión social, evangelización, matrimonio... Siguen después algunas de las homilias que pronunció

como arzobispo de Buenos Aires.



**El verdadero poder es el servicio**  
Autor: Jorge Mario Bergoglio  
Editorial: Publicaciones Claretianas  
368 páginas  
Precio: 20,00 €

Los escritos que se recogen en este volumen están agrupados en torno a algunos núcleos. En primer lugar están algunos escritos sobre catequesis, educación y también algunos textos y reflexiones sobre María, figura clave en la espiritualidad del papa Francisco. En un segundo núcleo,

aparecen varias de sus homilias de Navidad, Jueves Santo, Pascua y Corpus Christi. Finalmente, una serie de escritos dirigidos al diálogo con el mundo de la cultura.



**El adiós de Benedicto XVI**

Autor: Benedicto XVI  
Editorial: Balmes  
51 páginas  
Precio: 5,00 €

Una recopilación de los dos grandes discursos con los que Benedicto XVI se despedía de Roma, además de la declaración de la renuncia al ministerio petrino. Hablan de la Iglesia, del Concilio Vaticano II y de la Nueva Evangelización. La editorial Balmes está convencida de la importancia que tienen estos textos, que pueden servir tanto a los sacerdotes, seminaristas y estudiantes de teología, como a los laicos, a las parroquias, a la catequesis de adultos y

para la lectura particular y la meditación personal.

## San José, figura fundamental en la historia de la salvación

Ciudad del Vaticano, 19 de marzo de 2006

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hoy, 19 de marzo, es la solemnidad de san José, pero al coincidir con el tercer domingo de Cuaresma, su celebración litúrgica se pospone para mañana. Sin embargo, el contexto mariano del Ángelus invita a detenerse con veneración en la figura del esposo de la Santísima Virgen María y patrono de la Iglesia universal. Me gusta recordar que de san José era muy devoto también el amado Juan Pablo II, quien le dedicó la exhortación apostólica *Redemptoris custos* –Custodio del Redentor– y con seguridad experimentó su asistencia en la hora de la muerte.

La figura de este gran santo, aun permaneciendo más bien escondida, reviste en la historia de la salvación una importancia fundamental. Ante todo, al pertenecer a la tribu de Judá, unió a Jesús a la descendencia davídica, de forma que, realizando las promesas sobre el Mesías, el Hijo de la Virgen María puede llamarse verdaderamente «hijo de David». El evangelio de Mateo, de manera especial, pone de relieve las profecías mesiánicas que hallaron cumplimiento mediante el papel de José: el nacimiento de Jesús en Belén (2, 1-6); su paso por Egipto, donde la Sagrada Familia se había refugiado (2, 13-15); el sobrenombre de «Nazareno» (2, 22-23). En todo ello él se demostró, como su esposa María, auténtico heredero de la fe de Abraham: fe en el Dios que guía los acontecimientos de la historia según su misterioso plan salvífico. Su grandeza, como la de María, resalta aún más porque su misión se desarrolló en la humildad y en lo escondido de la casa de Nazaret. Además, Dios mismo, en la persona de su Hijo encarnado, eligió este camino y este estilo de vida en la existencia terrena.

Del ejemplo de san José llega a todos nosotros una fuerte invitación a desarrollar con fidelidad, sencillez y modestia la tarea que la Providencia nos ha asignado. Pienso ante todo en los padres y madres de familia, y ruego para que sepan siempre apreciar la belleza de una vida sencilla y laboriosa, cultivando con atención la relación conyugal y cumpliendo con entusiasmo la grande y no fácil misión educadora. A los sacerdotes, que ejercen la paternidad respecto a las comunidades eclesiales, les obtenga san José amar a la Iglesia con afecto y plena dedicación, y sostenga a las personas consagradas en su gozosa y fiel observancia de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. Que proteja a los trabajadores de todo el mundo para que contribuyan con sus distintas profesiones al progreso de toda la humanidad, y que ayude a todo cristiano a realizar con confianza y amor la voluntad de Dios, cooperando así al cumplimiento de la obra de la salvación.

BENEDICTO XVI: ángelus de la festividad  
de san José de 2006